

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
AÑO I.—NÚMERO 33
4 Octubre 1925



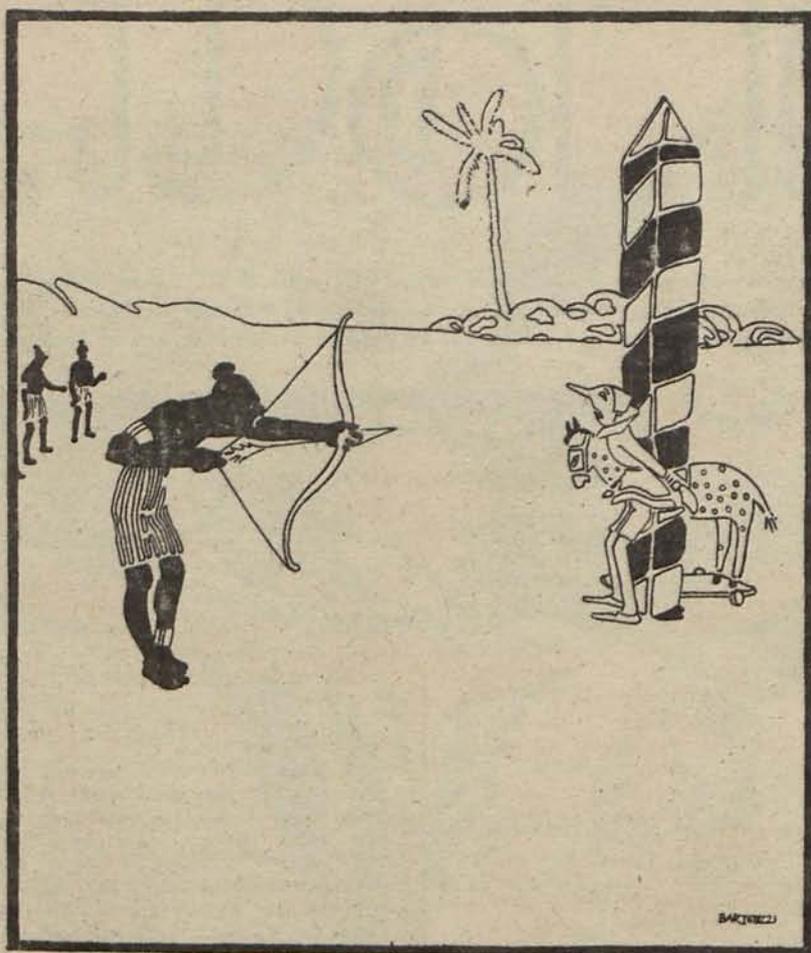
AQUÍ TENÉIS A PINOCHO
QUE COMO UN "AS DEL VOLANTE"
CONSIGUE HACER CIENTO OCHO
KILÓMETROS AL INSTANTE.

BAJA LA CUESTA MAS PINA
SIN FRENSOS NI DERRAPAZOS
¡PONE CARNE DE GALLINA
EL PENSAR EN LOS PORRAZOS!

SUBIENDO POR PEÑALARA
NO HAY OTRO QUE TANTO CORRA;
ES QUE PINOCHO NO PARA
NI ANTE UN GUARDIA DE LA PORRA.

AL TERMINAR LA CARRERA
SUFRE UN PERCANCE EL MOTOR;
MAS PARA EL NO HAY BARRERA,
¡GANA COMO AVIADOR!

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURIOSIDADES

LOS ANIMALES Y LA MEDICINA

Como ya os dije en otro número de esta Revista, los animales utilizan las plantas para curar sus enfermedades, de la misma manera que las personas convertimos las plantas en medicinas para curar nuestros padecimientos.

Hoy hablaremos de las hormigas, esos simpáticos y trabajadores animalitos que vemos tan a menudo.

Las hormigas son muy buenas cirujanas. Cuando una de ellas sufre algún accidente del trabajo, inmediatamente la recogen sus compañeras y, con mucho cariño y cuidado, la transportan al hormiguero, donde la curan. Si la herida no tiene tanta importancia que llegue a la luxación de algún miembro, la curación suele hacerse en el mismo campo. El eminente naturalista Latreille hizo interesantísimas observaciones acerca de la medicina entre las hormigas, y pudo comprobar repetidas veces que encima de la llaga o herida aplican un ingrediente líquido, muy espeso, de color verdoso. El mismo Latreille hizo diferentes estudios encaminados a conocer las substancias con que fabrican las hormigas este unguento, y sólo pudo averiguar que era de origen vegetal.

El compañerismo entre las hormigas es admirable. Cuando alguna de ellas se lesiona tan gravemente que le sobreviene la pérdida de una pata, sus compañeras la enseñan a andar prescindiendo del órgano amputado; y cuando la lesión es tan grave que no puede valerse por sí misma, diariamente la sacan del hormiguero a la hora del buen sol y la pasean en hombros de otra hormiga.

Latreille cogió en diferentes ocasiones varias hormigas y les hizo ingerir un veneno, para ver si sus compañeras lograban curarlas.

Pero invariablemente la víctima de la humana observación se alejaba de sus semejantes y nunca volvía a su nido, donde sabía, sin duda, que sus compañeras no podían curarla, y seguramente también para evitar el contagio de su enfermedad y la posible epidemia.

Así vagaba errante por el campo, donde al fin perecía, víctima de la humana ciencia.

Las hormigas practican diferentes medidas de orden higiénico.

Llevan a sus nidos vegetales medicinales muy aromáticos, que está comprobado que no ingieren, y que se cree que los destinan a perfumar e higienizar la ciudad y purificarla del enrarecimiento producido por la convivencia de tantísimo habitante.

Una especie de ellas, que instalan sus ciudades en los troncos húmedos de los árboles, antes de comenzar los trabajos de instalación desprenden ácido fórmico en gran cantidad, con objeto de desinfectar la casa. Lo que la gran paciencia de Latreille no logró poner en claro fué si el arte de la curación entre las hormigas es practicado por todas ellas, o bien sólo por algunas determinadas, lo que presupondría la existencia de especialistas de la medicina entre las hormigas.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE C A B E Z A DE P i E D R A POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

CAPÍTULO XX

UN PISTOLETAZO

—Amigos—dijoles—, una patrulla inglesa acaba de llegar al castillo, aún no sabemos con qué fin, pidiendo hospitalidad por tiempo indefinido. Si nuestra presencia aquí es descubierta por nuestros enemigos, sería inevitable una lucha que, aun cuando nos fuera favorable, comprometería irremisiblemente a las personas que nos han dado asilo, haciéndole sospechoso de connivencia con los corsarios de las Bermudas y los republicanos de los Estados Unidos. Es preciso evitarlo, impidiendo que ninguno de los ingleses pueda reconocer en vosotros quiénes sois. Entre ellos, o mejor a su frente, figura un hombre que nos conoce a todos y nos odia: el marqués de Halifax.

Sir William miraba fijamente a Oxford, y lo vió palidecer y estremecerse, al tiempo que una luz extraña brilló un instante en sus ojos entreabiertos.

—¡El aquí! —exclamó Petifoque apretando los puños—. Comandante, si me dáis permiso, voy a encontrarlo en medio de sus ingleses, le haré una bonita reverencia, y después lo estrangularé con la mayor delicadeza.

—Estar puená itea te mi amico cañero —intervino Ulric estrechando la diestra al joven marinero—. Yo ofreser mi ayuta para la operasión.

El semblante de Sir William tornóse sombrío.

—Mis asuntos de familia —dijo— no debo ni quiero que se resuelvan sino por mí mismo. Pero no hablemos de eso; importa tratar de otra cosa. Entretanto, una advertencia, y que ponga atención quien se crea aludido. Si a alguno de vosotros... le viniese a las mientes la mala idea de traicionarme..., tenga presente que ni las profundidades del Océano ni las más escondidas entrañas de la tierra bastarían a sustraerle el castigo que mereciera.

Petifoque y los dos hessianos no resollaron; antes bien, permanecieron inmóviles, firmes sobre sus plantas, con sus ojos leales, fijos en los del corsario, como diciendo:

—¿Ves?... Ciertas palabras no son para dichas a nosotros.

Oxford, por el contrario, adoptó un aire contrito, y con la cabeza baja aventuró sus excusas:

—Sir William, creo que habéis formulado vuestra advertencia tan solo por mí. ¿Qué teméis? ¿He dado algún motivo para que sospechéis de mis intenciones? Si me suponéis capaz de una felonía, os conjuro a que mandéis vigilarme, o mejor aún, a que me hagáis encerrar en una habitación secreta, de la cual no me sea posible salir durante la permanencia de los ingleses en el castillo. Así estaréis seguro de mí.

El discursillo fué dicho en un ingenuo tono de sinceridad, aunque no estuviera exento de una pequeña sombra de amarga ironía. A pesar de ello, el barón se sintió conmovido al oírlo, y acercándose al secretario le dijo:

—No deseo otra cosa que concederos mi estimación, mister Oxford, y contaros en el número de mis amigos. Pensad en ello.

Y volviéndose al joven Clairmont:

—¿Vuestro algonquino...?

—Aquí viene justamente, Sir.

En efecto, en aquel momento entraba en la habitación el piel roja que ya conocemos, cargado de ropas a usanza india, camisas de franela, capas pintadas, mocosines, collares de avalorios y huesecillos, cabelleras arrancadas con el escalpelo a otros indios muertos en combate, plumas policromas para fijar en el copete del cráneo, cuchillos y tomahawks. Dispuso todo aquel arsenal sobre una mesilla, y tomando de un cesto varias redomas de ocre y otra tierra y pinceles.

—Ya estoy pronto —dijo.

Sir William comenzó entonces a hablar a los demás en voz baja, dándoles evidentemente explicaciones. ¿Cuáles fueron éstas?

Fácil será a nuestros lectores adivinarlo, cuando sepan que, una hora después, el algonquino y Enrique de Clairmont salían de la estancia acompañados de cuatro pieles rojas canadienses, a quienes nadie había visto en el castillo hasta entonces, en tanto que un quinto piel roja permanecía de centinela junto al umbral de la puerta, que en aquel momento se cerraba por obra de una mano blanca y bella, fácil de reconocer como perteneciente a Mary Mac-Lellan. ¿Y nuestros amigos? Desaparecidos misteriosamente...

El barón de Clairmont acogió a los ingleses con la proverbial cortesía de su raza, aun cuando el estado de su ánimo le impulsara a cambiar con ellos, más bien que frases amables, estocadas o pistoletazos.

El marqués de Halifax se apresuró a explicar los motivos de su venida al castillo, diciendo:

—Yo iba a bordo de un bergantín, con el cual debía cumplir cierta misión, inútil de explicar ahora, señor barón, y reunirme más tarde con el general Burgyne, cuya flota, formada por numerosas y potentes naves —y el marqués recalcó bien los adjetivos—, cruza en este momento el Champlain. Desgraciadamente, la tempestad que reinaba en el lago ha hecho naufragar mi barco y obligándome a buscar refugio, valiéndome de una chalupa, en una de nuestras corbetas, cuya presencia denunciaban los numerosos disparos de su artillería a través de la niebla. Tuve la buena suerte de hallar una, en efecto, y pronto me encontré a su bordo sano y salvo; pero cuando nos disponíamos a reunirnos a la escuadra inglesa la congelación del lago nos ha sorprendido, aprisionando nuestro navío. Inmovilizados por el hielo, con la perspectiva de una especie de invierno polar, y forzados a una inactividad, reñida con nuestros caracteres y hábitos, nuestra existencia no se presentaba muy halagüeña, a decir verdad. Aun con todo, nos habríamos resignado si no tropezáramos con un gravísimo inconveniente.

—¿Cuál?

—Nuestras provisiones de licores, y sobre todo de ginebra, estaban casi agotadas, y como nosotros somos todos, desde mí al último muchacho, formidables bebedores, estábamos expuestos a una abstinencia molesta por demás. Por fortuna, uno de nuestros guías canadienses vino en nuestra ayuda, diciéndonos:

—«A cierta distancia de donde nos encontramos se eleva un castillo propiedad del barón de Clairmont, perfecto caballero francés, amigo de Inglaterra, muy rico y propietario de despensas admirablemente provistas de continuo.»

«La nueva fué para nosotros gratísima, señor de Clairmont.»

—¡Diantre! —nos dijimos—, ¿y si fuésemos a hacer una visita a ese excelente caballero francés? Después de todo, se trata de un aliado nuestro, o, mejor dicho, de un súbdito del rey Jorge de Inglaterra, del cual somos soldados, defensores de sus más santos derechos manumitidos por un puñado de insensatos facinerosos... Dicho y hecho. Y aquí nos tenéis, señor barón...

—¿Para que os surta de licores que os hacen falta? —preguntó el aludido con cierto viso de ironía.

—Y para tener el gusto de conoceros personalmente —repuso intencionado el marqués de Halifax—. Espero que nos haréis el honor de presentarnos a vuestra familia y amigos.

El barón se inclinó ligeramente, con cortés frialdad, y dijo a su hijo menor:

—Carlos, manda abrir el salón grande y conduce allá a estos señores.

—Está bien, padre mío —respondió el joven.

El señor de Clairmont se alejó. Carlos llamó a un criado indio y habló con él algunos instantes.

El marqués de Halifax volvióse a un oficial de aspecto repulsivo que no se había separado de su lado durante la escena, y cuyas facciones estaban medio ocultas tras la peluca y una inculca barbaza, y le dijo:

—La acogida no ha podido ser más cordial, me parece.

—Sí, señor marqués —respondió el otro.

—¿Te habrás engañado?

—Imposible.

—¿Sir William Mac-Lellan está aquí, según dices?

—Lo juraría.

—¡Hum!...

—Lo he visto con mis propios ojos acudir en socorro de Cabeza de Piedra acompañado del barón de Clairmont, precisamente cuando los iroqueses estaban a punto de acabar con la última resistencia de los mandanos.

—¿Y crees que pueda estar también ella..., Mary Wentwort, la

mujer a quien amo todavía, a pesar de todo, y a quien he de arrebatarse del lado de mi hermano, aun a costa de un delito?

—Sí, yo sé que una extranjera europea reside en el castillo... No puede ser otra que ella.

—Acaso te equivocas.

—No, no, el instinto me dice que estoy en lo cierto.

—¡Ah, si el infierno te escuchase...!

—Por otra parte... pronto lo habéis de saber.

—¿Cómo?... ¿Viendo a esa dama extranjera?

—Al contrario, si no la veis.

—No acierto a comprenderte, maestre Davis.

—Pues es bien sencillo: si es efectivamente Mary de Wentwort, el barón de Clairmont se guardará muy bien de presentársela.

—Eres más listo de lo que yo me figuraba.

—¡Bah!...

—Por lo pronto, ya estamos en el castillo...

—Como los lobos en el redil.

—Y en él seremos los amos. ¿No es propiedad del rey Jorge, soberano del Canadá? ¿Y no somos nosotros sus legítimos representantes?

—No sé... si el rey, al saberlo, estaría muy satisfecho.

—¡Calla, insolente!

—Enmudezco.

—Esta noche, a favor de la niebla, vendrán los otros. Y mañana el castillo se verá rodeado por varios centenares de hombres y tendrán que rendirse a discreción.

—Sin embargo, me parece, por su aspecto, que el propietario es hombre de empuje.

—¡Bah, le haremos entrar en razón a pistoletazos, si se le ocurre ponerse a las malas!

—Perfectamente.

—Por lo demás, yo no quiero otra cosa sino tener en mi poder a Mary Wentwort y a Sir William Mac-Lellan.

—¿Y las dos cartas...?

—Han perdido a estas fechas mucha importancia. Sin embargo, siempre convendrá tenerlas para saber las intenciones de Washington y aprovecharnos de ellas en ventaja nuestra.

—Aún no he perdido la esperanza de cogerlas. Si está aquí Sir William, con él estarán también sus fieles amigos.

—A propósito, ¿qué habrá sido de mi secretario Oxford? En verdad, me temo que haya acabado mal, y siento remordimiento por haberle dejado abandonado a su suerte...; pero no estaba yo mejor que él entonces, entregado a las furias del lago. Me había dado pruebas de lealtad el infeliz, y siento haberle perdido.

Estas palabras fueron proferidas por el marqués de Halifax en tono más alto, al tiempo que Carlos volvía a entrar acompañado por algunos algonquinos con el rostro recién pintado y de extraño aspecto. Al ver y oír al marqués, dos de aquellos indios no pudieron contener un estremecimiento ni dejar de mirarlo fijamente, con distinta expresión, pero igual intensidad. La mirada de uno de aquellos pieles rojas se encontró con la del marqués de Halifax, que experimentó un sobresalto.

—¡Oh, oh —murmuró el miserable—, qué extraña impresión me causan esos ojos! Juraría haberlos visto en otro lugar.

El menor de los Clairmont interrumpió sus reflexiones, diciendo:

—Señor marqués, ¿queréis seguirme con vuestros oficiales para ser presentado a mi madre la baronesa?

—Con mucho gusto, joven —repuso el marqués—. Os sigo.

Subieron todos al piso superior y entraron en un salón ricamente amueblado, donde se hallaba la baronesa sentada junto a su hija Diana, y a su lado, de pie, su esposo y el hijo mayor, graves y solemnes. Hicieronse las presentaciones, al final de las cuales volvióse el marqués al falso oficial, que, como ya sabemos, no era otro

que maestre Davis, escapado a la muerte durante la persecución de los mandanos, y con una mirada pareció decirle:

—¿Ves? Mary de Wentwort no está, ni tampoco se ve a huésped alguno europeo.

La conversación se hizo general, y el marqués de Halifax, atraído por las gracias de Diana, se colocó a su lado, cumplimentándola.

Todo el día transcurrió de este modo en una aparente cordialidad. Por ambas partes, procedíase con astucia y disimulo. Los ingleses, acostumbrados a dominar en todas partes, consideraban el castillo como casa propia y la recorrían de alto a bajo, con el pretexto de admirar el decorado; pero en realidad por una razón radicalmente opuesta. Maestre Davis era el más osado entre todos y el más astuto, y escudriñaba los lugares y las personas fingiendo una amabilidad que no era natural en él.

Los lectores habrán comprendido desde el principio que Sir William Mac-Lellan, Petifoque, los dos hessianos y Oxford se habían transformado en pieles rojas, bajo la mano magistral del algonquino. Ulric había quedado encargado, en turno con su hermano Wolf, de velar día y noche por la seguridad de Mary Wentwort, escondida por prudencia; Petifoque, por su parte, no debía perder de vista a Oxford, a quien no se había querido dar una prueba de desconfianza encerrándole en una apartada habitación.

Así, pues, donde quiera que se hallase Oxford, podía verse la figura del joven marinero, celada por el disfraz indio.

¿Se daba cuenta el secretario del marqués de la vigilancia de que era objeto? Difícil sería decirlo. Mostraba una absoluta indiferencia a cuanto sucedía a su alrededor, limitándose a representar su papel con el escrúpulo de un verdadero artista.

La noche había llegado. Petifoque y Oxford atravesaban un corredor, cuando el joven gaviero se detuvo sobresaltado, permaneciendo como en éxtasis. Una persona se acercaba a los dos falsos indios; era Liseta, más encantadora que nunca, que se dirigía a la cámara de su señora.

Conviene consignar aquí que Petifoque, en los pocos días que llevara en el castillo, había hecho progresos en el campo para él aún inexplorado del amor. Amaba a la simpática muchacha, y, lo que importa más, sentíase correspondido con vivo transporte en su purísimo sentimiento.

Ahora bien: desde el instante en que los ingleses llegaron no había vuelto a tener ocasión de cambiar con Liseta ni una palabra dulce, ni un furtivo apretón de manos, lo que le entristecía. Razón por la cual, al verla aparecer de repente ante él, en un rincón solitario, el joven gaviero se olvidó de todo para no pensar sino en acercarse a ella, en decirle un mundo de cosas tiernas y bellas, como en su corazón las sentía, atropellándose las unas a las otras, y olvidándose de Oxford y de su misión, se acercó a la muchacha, deteniéndola atrevidamente y diciendo con su voz natural:

—Señorita... Liseta, ¿me reconocéis?

—¡Ah, vos! —dijo ella.

—¡Sí, diantres; yo mismol... ¿Os debo parecer ridículo, verdad, disfrazado así?

—Ridículo, no; pero... estáis mejor con vuestras propias vestiduras.

—Entonces, ¿no os agrado?

—Sé quien sois, y por tanto...

—Os comprendo y os lo agradezco.

Mientras los dos jóvenes empleaban su tiempo conversando plácidamente, el secretario del marqués se alejó más que de prisa, como si le importara no turbar el amoroso coloquio, o, más bien, huir de la compañía del marinero. Pronto se halló ante una puerta entreabierta, tras de la cual oyó varias voces que le hicieron estremecerse.

(Continuará en el número próximo.)

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS DE LA CUARTA SERIE DE CONCURSOS, NUMEROS 13, 14, 15 y 16

VÉANSE LOS NOMBRES DE LOS PREMIADOS EN LA PAGINA 15 DEL NÚM. 32

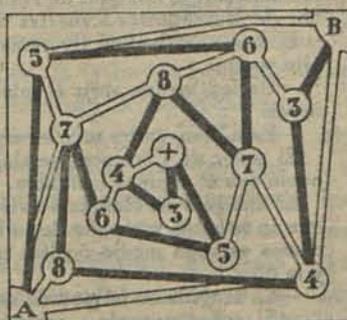
NUEVE PROVINCIAS ESPAÑOLAS

	J	A	É	N				
C	O	R	U	Ñ	A			
S	O	R	I	A				
M	Á	L	A	G	A			
V	A	L	E	N	C	I	A	
B	A	R	C	E	L	O	N	A
M	A	D	R	I	D			
S	E	V	I	L	L	A		
B	U	R	G	O	S			

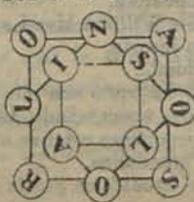
PROBLEMA NUMÉRICO

			1	4				
		7	4	2				
		3	1	2	1	4	3	
	1	4	6	7	2	5	5	
4	7	3	5	6	1	3		
7	6	2	6	4	5	5		
	1	3	6	2	3			
	2	4	5	3				
								7

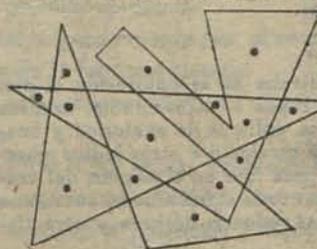
LABERINTO NUMERADO



LOS TRES CUADROS



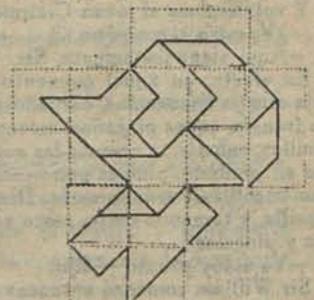
LAS ESTRELLAS NEGRAS



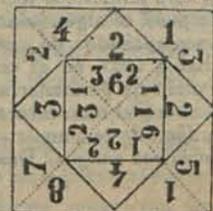
NÚMEROS COMBINADOS

5	5	4	2
4	7	2	9
1	5	8	3
6	9	8	4

FIGURA GEOMÉTRICA



TRIANGULOS DE SUMAS IGUALES



PINOCHO DEPORTISTA

Las enseñanzas que nos reportan los primeros partidos de la temporada.



Mis queridos amigos pinochistas: En breves y claros conceptos quiero recoger en esta sección todo aquello que pueda servir de enseñanza en vuestros afanes deportivos; por eso voy a hablaros de los primeros partidos de la temporada madrileña de fútbol.

Porque esta solemne y lucida inauguración nos reporta tres enseñanzas: la primera de ellas es la modificación que introduce en el desarrollo de un partido la nueva regla del «offside»; la segunda, la valoración de los tan ponderados elementos valencianistas legítimamente (¿) internacionales, y la tercera y última, la observación del equipo del «Racing» ante el campeonato regional.

Fácilmente habréis comprendido, mis pequeños amigos, que me refiero a los dos partidos que frente al «Racing Club» madrileño ha jugado el «Valencia F. C.» en el campo formidable del primero.

Vamos, pues, a ocuparnos de los puntos de enseñanza señalados. En sí la innovación de la regla del «offside» no varía radicalmente la marcha de un encuentro.

Reporta primero mayor peligro a los ataques y, por consiguiente, un tanteo más elevado. ¿Por qué? Pues porque siendo muy escaso el número de «offsides» que se producen, no se ven contenidos estos ataques y, por tanto, el resultado ha de tener un reflejo más copioso en el marcador.

Resultados: una defensa desesperada de los dos jugadores (portero y un defensa) que permanezcan frente al atacante, y una sabia colocación del jugador más pesado de una línea de ataque, para que cuando éste se produzca no la perjudique con su lentitud.

Ha desaparecido con la nueva regla del «offside» el llamado pase de la muerte (entre los dos defensas), que practicaban magistralmente Amantegui y Patricio Arabolaza, ambos de la «Real Unión de Irún».

La nueva regla del «offside» ha terminado con aquellos resultados nivelados de antaño, y que tenían su más fiel reflejo en los del sábado inglés. Antes, todo o casi todo eran empates o mínimas diferencias; hoy los resultados son más categóricos y las diferencias son de tres o más tantos.

Los «goals» han de ser muchos, y si no véanse los resultados obtenidos en los partidos de «Valencia»: (5-2) y (6-1).

Pasemos al segundo punto. ¿Son o no dignos de figurar en el equipo representativo de España los valencianos Moriles y Cubells? Con testarudez y hasta con insistencia se viene haciendo una campaña en favor de estos elementos.

Sólo os diré, mis pequeños amiguitos, que si Cubells figuró, no con los méritos suficientes en el equipo nacional español, hoy juegan mucho mejor que él Samitier y Valderrama, y que ni remotamente se puede pensar en Contes, vulgar medianía, cuando juegan aún al fútbol Errazquin, Cros y Oscar.

Montes es de la altura o nivel de Pallacios, Abras, Chiaroni u otro centro delantero, cuyo nombre no pasa de ser el de un buen jugador nada más; pero jamás digno de figurar entre los diez mejores jugadores de España.

El «Racing» tiene un buen equipo este año (y eso que aún le faltaban Abras y Ortiz en estos encuentros). Su trío defensivo es bueno y valiente. Sus medios están aún faltos de cohesión y el ataque ha de dar muchos disgustos. Ahora le falta algo, que de no adquirirlo rápidamente, le puede ocasionar un fracaso: un entrenador.

En estos partidos se notó su falta. El conjunto salió descuidadísimo.

Ahora, si se entrena... ¡¡será campeón!! Y si no... al tiempo.

Los dos partidos pinochistas.

«Unión Currinche», 1.—«Sporting Pinocho», 0.

El domingo antepasado se jugaron dos partidos correspondientes al torneo de Pinocho.

Uno entre la «Unión Currinche» y el «Sporting Pinocho» en el campo de la Gimnástica; la lucha fué muy emocionante.

A las ocho y media de la mañana, hora ideal para toda clase de deportes, se reunieron en el recinto de la veterana Sociedad estos dos equipos pinochistas. La suerte decidió que estos bandos tuvieran que jugar en hora tan temprana; esto hacia suponer que no acudiría público para presenciar el encuentro; pero no fué así: la fama de Pinocho es tal, que sin saber por dónde el público se enteró de este encuentro y acudió numeroso a presenciarlo.

La lucha fué reñidísima y tuvo momentos de una gran belleza.

Algo nerviosos unos y otros comenzaron a hacer «fauls», que el Sr. Galindo, árbitro del encuentro, no tuvo más remedio que castigar, expulsando a varios jugadores que, perdonados, pudieron intervenir en la segunda parte del encuentro.

En ésta se marcó el único tanto por el extremo Manuel Torija, que dió la victoria a la «Unión Currinche». De los vencedores, el mejor, M. Rojo, que se mostró incansable, desempeñando el puesto de delantero centro.

Desafortunadillos estuvieron los del «Sporting», en los que se advierte falta de compenetración y entrenamiento, y el caso es que se les nota en algunos momentos clase y madera de futbolistas; pero no preparándose no hay forma de ganar.

Los mejores, los Escandoné y Teodosio García.

«Pinochista invencible», 3.—«Jabato pinochista», 0.

Por la tarde, en el campo del «Racing», y antes del segundo partido amistoso entre el «Racing» y el «Valencia», jugaron un partido correspondiente al torneo de Pinocho el «Pinochista invencible» y el «Jabato pinochista».

¿Qué he de deciros, mis amigos, para reflejaros la importancia que ha adquirido este torneo en este partido?

Ved a grandes rasgos lo que es ya el torneo Pinocho.

El amplio campo del «Racing», abarrotado materialmente de público que acudía temprano para ver a los Pinochistas, y después el sensacional partido entre el «Racing» y el «Valencia».

Se ocupan de este torneo diarios de la importancia del *Heraldo*, *La Voz*, *La Libertad* y *A B C*, semanarios como *Record*, plumas técnicas y maestras en juzgar lides deportivas.

El público que jalea aplaude a los pequeños, y con entusiasmo toma el nombre de Pinocho y su Revista para hacer un elogio cariñoso, y ensalzar la importancia que en poco tiempo ha logrado adquirir, además de en otros terrenos, en el deportivo.

Al mezclarme entre el público, entre «el vulgo municipal y espejo», al oír comentarios y elogios para el gran Pinocho, me sentí orgulloso de contarme entre sus amistades, de colaborar en su Revista.

A esto es a lo que ha llegado el torneo de Pinocho. La ovación cerrada con que el público saludó a los Pinochistas al finalizar el encuentro fué el colofón, el penacho de gloria. Y todo, ¿por qué? Porque el nombre de Pinocho es muy grande, cada vez más, y más cada minuto que pasa.

Cómo fué el partido.

Si dijésemos que este encuentro fué el mejor de todo torneo, no mentiríamos.

El adversario que ha sido más peligroso para el «Invencible» (que hasta ahora, como veréis, lo va resultando) han sido los jabatos, que, si bien no lograron la victoria, dominaron durante buenos ratos y lograron inquietar a los Pinochistas invencibles. Los invencibles, muchachos cada vez más entrenados y diestros, fueron los de siempre. ¡¡los invencibles!! Lograron tres ad-



Los pulmones y el fútbol.

Sabido es de todos los deportistas que los pulmones son el órgano más importante para el ejercicio físico. Así lo comprenden estos tres futbolistas, que antes del partido inflan el balón, valiéndose de un procedimiento tan natural como rudimentario. Juanito (1) sopla como un fuelle, mientras Rafaelito (2), muy serio, espera atar a tiempo para que el aire no escape. Eduardito (3) no tiene otra misión que sostener el balón, contemplar la labor de los demás y reírse de los mofletes de Juanito. Es un humorista.

(Foto MARÍN.)

mirables tantos por ninguno de los contrarios, y se mostraron infatigables en todo momento.

La lucha fué noble y deportiva, y en todo momento se guardaron rigurosamente las normas de la más depurada corrección.

Puig, «Meana», Quesada, «Pete», y todos los invencibles, en general, se mostraron admirables. El público les ovacionó casi constantemente.

Del «Jabato», sobresalieron muy notablemente Fernández, Pachón, Esteban y Pedrosa.

En suma, una tarde memorable y una mañana deportiva, y como resultante, un nuevo éxito de Pinocho el grande, el incommensurable, el rotundo y el mayestático.



Perico Calvo, del «Racing», salva el remate que el valenciano Montes intentaba hacia la puerta, tan hábilmente defendida por Zubeldia en el partido amistoso Racing-Valencia.
(Foto ALVARO.)

DUX.

Gracias, gracias y gracias.

Pinocho y su Revista se muestran agradecidísimos a las directivas del «Racing» y la «Gimnástica» y a sus secretarios Sres. Santacruz y Echaniz, que con tanto cariño les atienden siempre, y a todos los críticos deportivos de la Prensa diaria, que con tanta simpatía y preferencia se ocupan de su ya célebre torneo.

Para todos las palabras que damos como título.
«Gracias, gracias y gracias».

!!!En Buenos Aires triunfa también un equipo pinochista!!!

Nuestro corresponsal deportivo en Buenos Aires, la reina del Plata (y conste que no comenzamos el ya célebre tanguito), Félix



Manuel Torija, exterior derecha del «Unión Currinche», marca el «goal» de la victoria.
(Foto ALVARO.)

Zancivar, nos comunica, no sólo que se ha formado un Club pinochista bajo la protección del «Wanderers», sino también que este bando pinochista argentino ha triunfado sobre el «América Juniors» por 3 a 0.

Marcaron los tantos Félix Lucarelli, Vicente Lagarde, de insuperable forma.

Formaron el «F. C. Pinocho» Alberto Lucarelli, Juan Insúa, José Baicus, Atilio Marini, Jerónimo Dacal, Remo Lagarde, José Linari, Sixto Pendilene, Félix Lucarelli, Vicente Lagarde, Gilberto Lucarelli.

¡Muy bien! ¡Formidablemente bien! Vuestro amigo Pinocho lloró de alegría al recibir la noticia...

Reseñas y resultados en provincias.

(SERVICIO DE LO MÁS ESPECIAL DE NUESTROS COMPETENTÍSIMOS CORRESPONSALES)

El «Recreativo Cacereño» vence al «Rataplán Club» por 11 a 0.

Luceno, 4; Perera, 3; Bermejo, 2; Carballo, 1; Serrano, 1.

En el campo del Rodeo, y a las órdenes del árbitro Sr. Rodríguez, se jugó este encuentro, que careció de interés, dada la superioridad del «Recreativo» sobre el «Rataplán»; el primer tiempo terminó con el tanteo de 6 a 0, y el segundo, 5 a 0, a favor del «Recreativo».

El «Recreativo», en el segundo



El «Jabato pinochista» que luchó contra el «Pinochista invencible» en el campo del Racing antes del partido «Racing-Valencia».
(Foto ALVARO.)

tiempo, perdonó un «penalty» al «Rataplán».

El árbitro, bien e imparcial.

Por el «Rataplán» se distinguió Roa, el mejor sobre todos; los demás, nada más que cumplieron como mejor pudieron.

Por el «Recreativo», Bermejo, trabajador e incansable; Perera, Crisanto, Carballo y Serrano, fueron los que se distinguieron; los demás, cumplieron bien.

El «Recreativo» se alineó en la siguiente forma:

Paco, Preciado, Acedo, Bermejo, Guerra (capitán), Manolo, Carballo, Luceño, Perera y Serrano.

YILUSAU.

¡Otro equipo Pinochista que triunfa!

Valencia (urgente, recibido con diez días de retraso).

El equipo «Pinochista» de Godella ha obtenido un señaladísimo triunfo sobre los «Favotones» godellanos (2-1).

El equipo «Pinochista» era mixto, pero bastante rápido (¿en qué quedamos?)

Los que más sobresalieron fueron los defensas medio centro, medio derecha, Segura II y el delantero centro.

En este partido no se alinearon ni el portero, ni el defensa derecha, ni el centro medio, ni el extremo derecha de primeras.

El equipo que se honra en llevar el glorioso nombre de Pinocho se forma así:



El equipo «La Unión Currinche», que resultó vencedor sobre el del «Sporting Pinocho».
(Foto ALVARO.)

Primeras:

Blayo, Alberto Ballester, Boix, Gasco, Germán, Quiles, Segura (Francisco), Trigo (capitán), José Martínez y P. Marín.

Reservas:

Gasco, Caballer, J. M. Castell, Nicolás Martínez, Forner, Enrique I, Enrique II, Rubio I, M. Conlall, Rubio II y Alberola.
¡Bien por los mixtos-rápidos de Godella!

Otro triunfo Pinochista.

Alfaro. Radiograma urgente. El «Pinocho F. C.» ha vencido por 5-1 a la «Federación Club».

El «Pinocho» lo formaban:

Robles.

Sainz.

Pereda.

Octavio.

Carranza.

Carlos.

Reverter.

Romanos.

Ovidio.

Nevo y

Ruiz.

¡Enhorabuena, pequeños!

POR UNAS PESETAS UN REINO



Un estudiante bastante pobre iba de pueblo en pueblo, camino de su casa, a pasar las vacaciones. Como era pobre, hacía el camino a pie. Su equipaje le cabía en un pañolón, como a los quintos. Por las noches se acostaba al raso, en el campo, donde le anocheciera. Se alimentaba con un poco de tocino, otro poco de queso y pan, que compraba en las ventas del camino.

Saliendo cierto día de una aldea vió en el suelo el cuerpo de un hombre que parecía muerto. Preguntó a la gente, y le respondieron que no se le podía enterrar porque la familia no tenía un céntimo, ni para el entierro, ni para comer; vivía de limosnas.



Al oír aquello, el estudiante rasó el fondo de su bolsillo, notó que le quedaban todavía algunas monedas, y se puso a buscar a la pobre viuda del hombre insepulto.

—Tome usted —le dijo—; no tengo un céntimo más. Prefiero aguantar un poco el hambre hasta llegar a mi casa, antes que ver en medio de la calle el cadáver de su pobre marido.

(Esto pasaba hace mucho tiempo y en países muy lejanos.)

Con aquellas monedas pudieron enterrarlo. El estudiante rezó unas oraciones ante su sepultura y luego siguió su camino.

A eso de media tarde llegó a un hermoso bosque de abetos. Al ver la sombra espesa de los árboles, como se sentía soñoliento y cansado, se dejó caer, y pronto se quedó dormido.

Cuando pasado algún tiempo se despertó, tenía el bolsillo repleto de onzas de oro. En medio de la sorpresa natural, empezó a buscar por los alrededores, por ver si era posible agradecerle a alguien aquel magnífico regalo. Pero no viendo a nadie, bendijo a Dios y se puso en marcha otra vez.

Pasado un rato llegó a la margen de un río muy ancho, tanto, que había que pasarlo en una barca. Subió de un salto a una de ellas, y al brincar le sonó en el bolsillo el oro que llevaba. Como el barquero no era sordo, y además, no era bueno, en cuanto se hallaron lejos de la ribera le cogió desprevenido, le quitó el oro y le tiró por la borda al agua.

La corriente le arrastró largo rato. A pesar de que estaba casi atontado de los golpes, había logrado agarrarse a un madero, que le sostuvo y le llevó hasta la orilla. Es decir, él creyó que aquello era un madero, pero en realidad era el espíritu del recién enterrado, el cual le habló de la siguiente manera:

—Has honrado mis pobres despojos, y te voy a demostrar mi agradecimiento enseñándote cómo puede un hombre transformarse en cuervo, en liebre y en corzo.

Le explicó muy bien todo lo que tenía que hacer para ello y luego le dejó marcharse.

A causa del involuntario paseo por el río, nuestro buen estudiante había perdido la dirección que le llevaba a su país; y como además le faltaba dinero y comida, pensó que lo más prudente era acercarse al primer pueblo que viese y solicitar trabajo.

Dió la casualidad de que la primera población a donde llegó era capital de la nación y corte real. Como su temperamento era más bien osado que tímido, llamó a las puertas de Palacio, e hizo saber a los porteros que allí había un hombre dispuesto a servir al rey en lo que gustase.

Estaban reclutando arqueros, y le destinaron a una compañía nueva, que aprendía a manejar el arco.

Aquel rey tenía una hija sumamente bella; pero habitaba en un castillo de bronce, levantado en una isla solitaria. La princesa era

dueña de una espada de tal virtud, que quien la poseyera podía vencer a los ejércitos más aguerridos.

Era necesario tener aquella espada a toda costa. Nadie había logrado penetrar, ni llegar siquiera a la isla. Pero era preciso intentarlo porque el reino estaba amenazado; los enemigos invadían el país, forzaban las fronteras. ¿Quién sería el valiente que llevase la espada victoriosa? El rey mandó fijar un escrito en las plazas públicas, haciendo saber que quien lograra la espada recibiría en premio la mano de su hija, y que, por consiguiente, sería el heredero del trono.

Es extraño; pero de entre todos los hombres fieles y valerosos que había en la capital, únicamente el joven arquero, el estudiante, se presentó como candidato.

El rey le hizo llegar a su presencia y le preguntó si necesitaba algo.

—No quiero más ayuda que una carta para que la princesa me entregue la espada invencible.

El rey le dió la carta en medio del asombro general, pues todo el mundo esperaba que pidiese auxilios más poderosos.

Pero el estudiante era así. Cogió la carta y se puso en camino solito, como un hombre. (El no sabía que otra persona, otro arquero, iba siguiéndole los pasos.)

Como la conquista de la espada corría prisa, se transformó en liebre y luego en corzo. Con tales ardidés pronto llegó a las orillas del mar. Pero una vez allí, ¿qué hacer para pasar a la isla? No se veía una barca por el horizonte. A nado tampoco podía cruzar la distancia, que era grande. ¿Qué hacer? La solución era sencilla: Convertirse en cuervo y pasar volando. Y así, de un solo vuelo llegó a la isla, delante del palacio de bronce.

Como aquel palacio no tenía puertas (¿para qué las quería?) entró sin dificultad alguna. La princesa estaba en su sillón principesco un poco aburrída. Cuando vió entrar a un ser humano, le brillaron de alegría los ojos; le hizo señas de que se acercase, y le preguntó amablemente qué deseaba.

El joven arquero, después de un saludo ceremonioso, se limitó a entregar la carta y a rogarle que le diese la espada victoriosa.

La estupenda princesita examinó al arquero atentamente llena de curiosidad. Su figura distinguida y resuelta, su rostro joven, pero varonil, la noble mirada de sus ojos, todo le impresionó vivamente. No es posible negar que se quedó enamorada del arquero al primer golpe de vista.

—¿Cómo has podido llegar a este castillo, tan alejado de tierra, tan rodeado de agua por todas partes? Llevo no sé los años sin ver criatura humana. Los hombres no se atreven a venir. Mis palomas son las únicas que van y vienen y atraviesan el mar. ¿Cómo has osado y has podido llegar hasta aquí?

El arquero le respondió que conocía unas fórmulas misteriosas, mediante las cuales podía convertirse en cuervo, en liebre y en corzo.



—¡A ver, a ver! ¡Ensayo delante de mí! Ven, vamos juntos a la ventana, donde hay buena luz. No quiero perder detalle. Hazte corzo.

El arquero pronunció bajito sus fórmulas, y en un dos por tres apareció un corzo ágil y bien pintado, que comenzó a brincar por la sala y a lamer la mano blanca y suave de la princesa. En uno de estos momentos, la princesa le arrancó un puñadito de pelos, como quien no hace la cosa, y luego le dijo que se transformase en cuervo. No había hecho más que decirlo y ya revoloteaba por la sala un cuervo grande y negro como la pez. Después de volar, se posó en la mano de la princesa, y ésta le arrancó unas plumas de las alas sin que se percatase.

—Ahora quiero verte convertido en liebre.

La liebre comenzó a correr y a jugar entre las cortinas y los tapices. Algunas veces se escondía entre los pliegues del largo vestido de la princesa, la cual, aprovechando una ocasión, la arrancó también su poquito de pelo.

—Bien; basta ya. Recobra tu forma primitiva. Voy a escribirle ahora mismo una carta a mi padre para que se la lleves, y en seguida te daré la espada.

La princesa decía esto con acento cariñoso; la sonrisa no se apartaba de su boca. Entró en una cámara vecina y poco después vino con la carta y la espada.

El arquero saltaba de contento. Le parecía mentira que la espada estuviera en su poder. Las piernas le bailaban. No podía contenerse más, saludó precipitadamente a la princesa y salió del palacio de bronce.

Convertido en cuervo atravesó por encima del mar hasta la entrada misma del bosque. Al llegar allí se convirtió en liebre y comenzó su carrera; pero el otro arquero, que le había seguido al salir del palacio, seguía esperando su retorno, escondido entre unas matas, y en cuanto le vio cruzar tendió su arco, le disparó una flecha y le tumbó.

Ya os figuráis para qué. Para robarle la carta, para robarle la espada, para llegar a palacio y presentarse al rey con el pecho lleno de orgullo y decirle:

—He aquí la espada, he aquí la esperanza y la seguridad de la nación.

Y así fué. Llegó al castillo, se presentó al rey como el verdadero portador del arma invencible y, al mismo tiempo, recordó al monarca el premio que había ofrecido.

El rey, loco de júbilo, y ajeno a la fechoría de aquel malvado envidioso, le abrazó y le dijo que no tuviera cuidado, que la mano de la princesa era para él, pero que esperase unos días hasta que volviese de la guerra. Después de lo dicho montó en su caballo y partió en busca del enemigo.

La batalla fué una cosa digna de verse. El mismo rey estaba asombrado. Apenas habían aparecido las banderas y estandartes de los contrarios, empezó el rey a blandir la espada, y cuando se hallaron cerca, de cada mandoble desaparecía de la vista una fila de soldados enemigos. Los soldados suyos, al ver el destrozo que producía la espada, cobraron más valor y seguridad en vencer y arremetían como leones; pronto vieron huir como liebres a los contrarios y declararse por ellos la victoria.

Sonaron los clarines, se recogió un inmenso botín y volvieron a la capital en medio de un gran griterío y al compás de una marcha solemne. Como el pueblo deseaba contemplar a gusto la famosa espada, el rey ordenó que la expusieran en el magnífico patio de entrada y por allí desfiló la gente durante tres días seguidos.

Entre tanto, el rey ordenó que viniese su hija. Para avisarla le mandó una carta con una paloma mensajera. En la carta le decía que estuviese preparada, que pronto llegaría un ejército al borde mismo de la isla, para que regresase con toda seguridad y honor. También le decía en ella que se desposaría con el joven arquero portador de la espada.

La princesa, que estaba enamorada del arquero, recibió la noticia como el mejor regalo. Arregló sus cosas, preparó sus baúles y en cuanto llegaron las primeras naves embarcó en una de ellas.

En palacio se hacían mientras tanto grandes preparativos para la boda. El que lo dirigía todo era el arquero que se iba a casar con la princesa, pues el rey le había dado plenos poderes.

Llegaron las naves a tierra. Allí estaban esperando a la princesa las carrozas de la casa real y los grandes personajes de la corte. La comitiva se puso en marcha rápidamente. Atravesaron el bosque — el bosque donde seguía la liebre muerta por el arquero envidioso — y pronto llegaron a la ciudad y al palacio, donde aguardaban el rey y el prometido.

Todo estaba ya dispuesto para las bodas. Ricas alfombras tapizaban el suelo hasta la puerta de

la calle. Los músicos tocaban sin parar en varios salones. El palacio parecía un inmenso farol iluminado y una gran caja de música.

Todo el mundo respiraba satisfacción y alegría. Todo el mundo, menos la princesa. Ya os figuraréis por qué. El arquero que le presentaron como futuro esposo, no era el mismo que había estado en el castillo de bronce. ¿Qué había sido de aquel guapo arquero? Ella se lo hubiera preguntado a su padre, pero no se atrevía. En cambio, se retiraba a los salones vacíos y lloraba y se oprimía su corazoncito agitado.

Vamos a dejar que desahogue un poco su pena, mientras nos enteramos de otro detalle.

¿Qué había sido del pobre estudiante, convertido en liebre y muerto por una flecha? ¿No se había quedado solo en el bosque?

En efecto; pero de repente despertó de su sueño de muerte y vió delante de sí la sombra de un espíritu. La sombra de aquel hombre a quien habían podido enterrar, gracias a su generoso desprendimiento.

El espíritu comenzó por devolverle la vida y por hacerle pensar en las aventuras que había tenido.

El estudiante no se acordaba de nada.

—¿Pero es posible que yo haya estado muerto? —decía.

—Mira, todavía tienes clavada en un costado la flecha del arquero.

—¿De qué arquero?

—De uno que te siguió los pasos y al volver de la isla y transformarte en liebre, te disparó una flecha para robarte la espada y casarse con la princesa.

El estudiante comenzó a darse cuenta de todo. Reconoció el bosque, se arrancó la flecha, se puso unas plantas medicinales en la herida y le preguntó al espíritu:

—Dime, buen amigo, ¿qué debo hacer yo ahora?

—Has de saber —le dijo el espíritu— que mañana se casa la princesa. Vete corriendo al palacio, preséntate a ella, que te reconocerá en seguida, y preséntate también al arquero que te disparó la flecha.

Enardecido por lo que acababa de oír, se levantó el estudiante, convertido ya en arquero otra vez, y emprendió una carrera que parecía un vuelo.

A pesar de todo, no pudo llegar aquella tarde. Llegó la noche y aún le faltaba mucho que andar. De madrugada llegó a las puertas del palacio. Estuvo esperando por los alrededores, y cuando notó bullicio y llegada de coches, atravesó el patio de entrada, subió las escaleras y penetró en el salón comedor, sin que a nadie le chocase su presencia. Las piernas le temblaban como a un azogado. Estaban ya sentados a la mesa todos los comensales. La princesa tenía la vista clavada en su plato; seguía con la misma tristeza. Pero en esto el Rey dijo:

—¿Cómo? ¿Tú por aquí?

Aquella exclamación bastó para que la princesa y el arquero malvado se fijasen en el recién llegado. La princesa lanzó un grito de júbilo y se desvaneció en la silla. El criminal se puso pálido como un muerto.

El estudiante, entonces, contó la infame traición de su camarada.

—¡Pruebas, pruebas! —se atrevió a decir éste.

A lo cual respondió el estudiante de la siguiente manera:

Se transformó en corzo y fuese derecho a colmar de caricias a la princesa.

Esta sacó de una bolsita el puñadito de pelos que le había arrancado en el castillo de bronce y cubrió con ellos la calva pequeña que le había hecho.

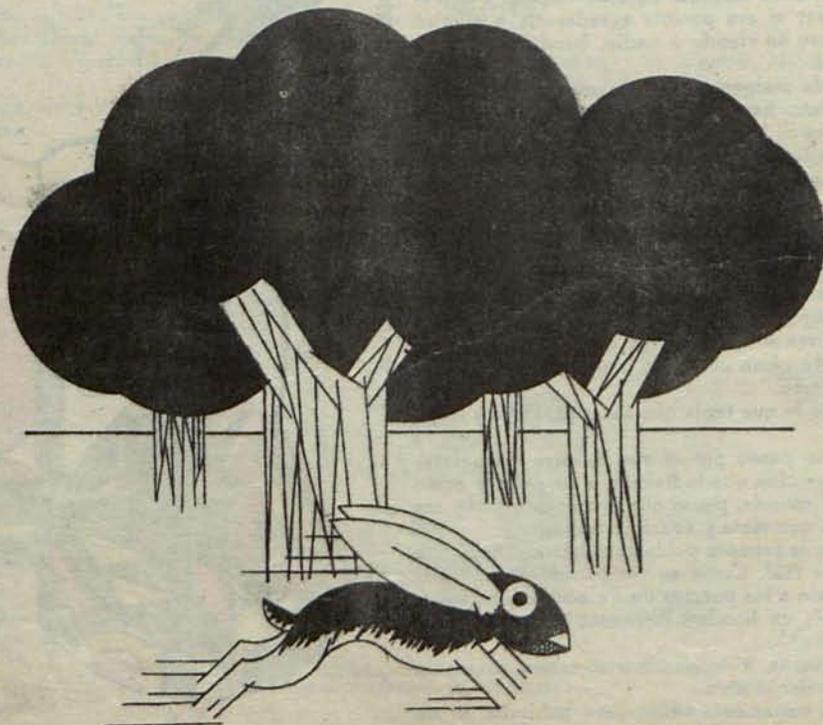
Después se transformó en liebre y sucedió lo mismo; los pelos eran del mismo color y abultaban lo justo para cubrir la calva.

Se transformó, por último, en cuervo y la princesa le puso las plumas que le faltaban en las alas.

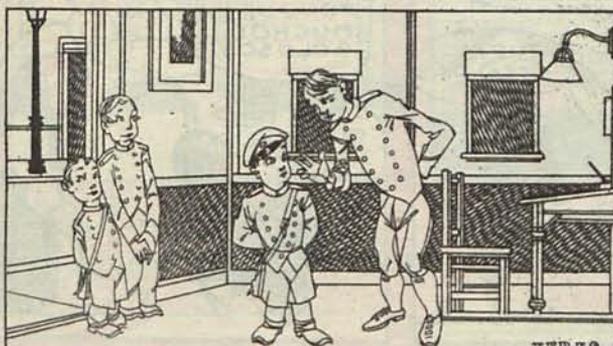
Todo el mundo quedó estupefacto. El rey, a la vista de aquellas pruebas, mandó que dieran suplicio al arquero traidor. Le llevaron fuera de la ciudad, paseándole antes por las calles céntricas, abarrotadas de gente, y una vez en el campo le ataron las manos y los pies a cuatro caballos, para que, saliendo al galope en direcciones opuestas, muriera descuartizado. Pero esta horrible muerte no se llevó a efecto, pues fué perdonado por el rey a ruegos de la princesa y del estudiante.

Estos se casaron por fin, y todo el palacio se adornó de banderas y luces.

Hubo grandes comilonas y bailes, no sólo en la corte, sino en la ciudad, y la princesa no volvió a derramar una lágrima, pues había encontrado a su querido arquero.

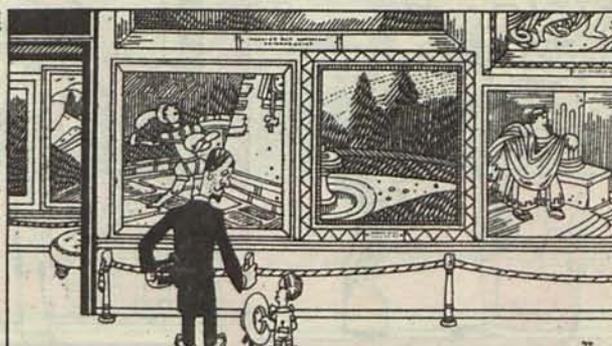


BUENOS Y MALOS



—La carta que te ha dado ese señor pesa demasiado; ponle un sello más.

—¡Atíza! Pues si le pongo otro sello pesará más.



—Oye, papá, me estoy aburriendo de ver tanto cuadro. ¿Por qué no me lees los chistes que ponen debajo?



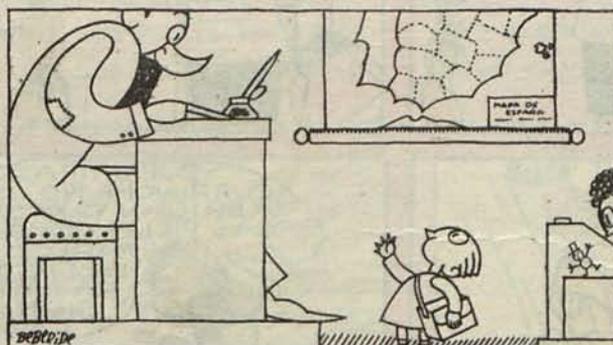
—¿De modo que eres tú el hijo más pequeño del señor Pizarro? Pues no te conocía.

—¡Caramba! Pues será usted la única persona que no conozca al Pizarrín.



—¿No has visto que se prohíbe el paso?.

—Pues por eso iba corriendo.



—Vamos a ver: ¿Qué me dice usted de la familia de los ortópteros?

—No le puedo decir nada. Esa familia no es visita de casa.



—¡Pero, mujer! ¿Por qué no le das al niño lo que pide para que se calle?

—Pero, señor, ¿no está usted oyendo que quiere su sombrero hongo para jugar al fútbol?



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



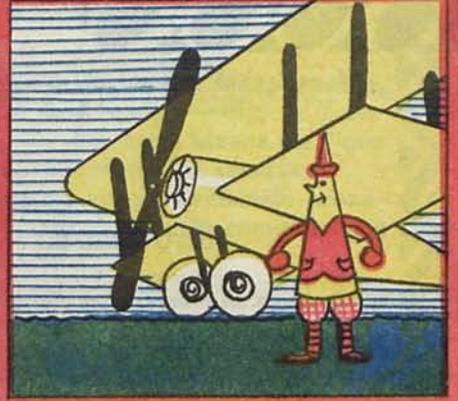
ESTO QUE VEREIS AQUÍ LE PASÓ A DON PIRULÍ



Don Piruli, muy ufano se ha comprado un aeroplano



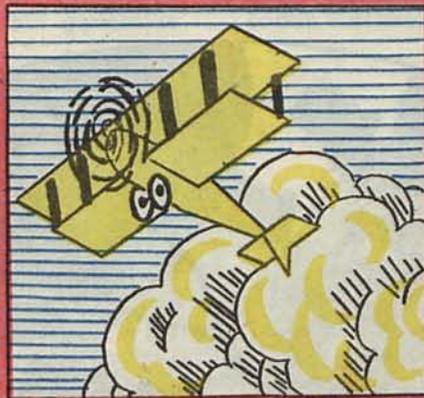
Y como tiene valor debutará de aviador



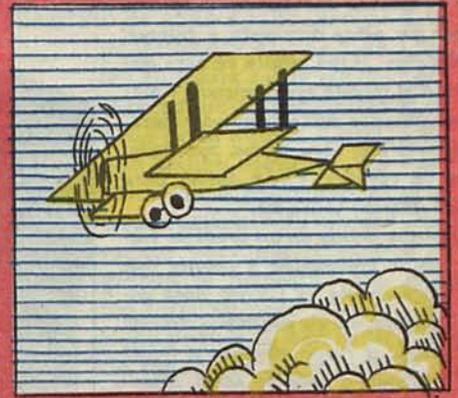
Proyecta, con gran bravura batir el record de altura



Por la mañana temprano se eleva con su aeroplano



Y como tan alto sube se deja atrás una nube



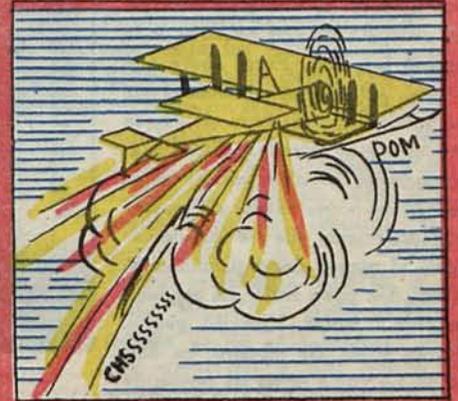
Desde una altura que aterrca casi nose ve la tierra



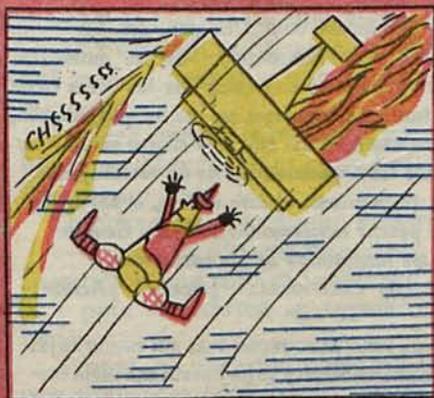
Lleva dos horas volando y a su pueblo está llegando



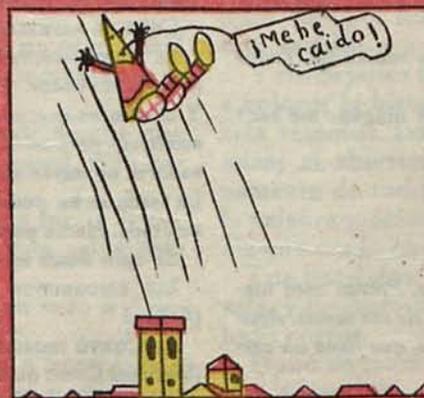
Por el pueblo entusiasmado Piruli es vitoreado



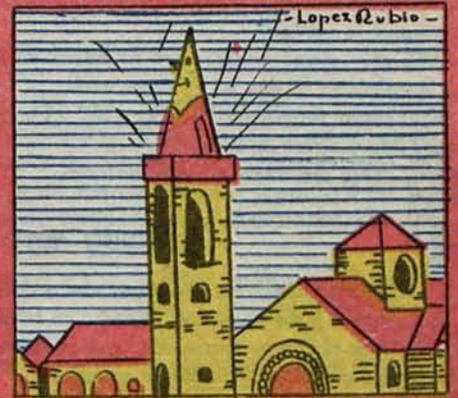
Un cohete mentecato choca con el aparato



Del aparato incendiado Piruli sale lanzado



Sin poderlo remediar contra la torre va a dar



Y en la torre colocado de cucurucho ha quedado.

HISTORIAS DE ANIMALES

LA VENGANZA DEL CIERVO

(DRAMA)

ACTO PRIMERO

La escena representa un bosque. Es de día. Al comenzar el drama, se oyen dentro trompas de caza. Aparece el Ciervo inofensivo y dice:

EL CIERVO INOFENSIVO.—¡Otra cacería! Como si lo viera, me ha de ocurrir lo mismo que otras veces. Ningún cazador quiere cazarme, mientras que a todos los demás ciervos los persiguen disparándoles sus cartuchos mortíferos. ¿Por qué disparan contra los demás y no contra mí? Es un desprecio que no estoy dispuesto a tolerar. No, y no. ¿Qué tendré yo para que todo el mundo me desprecie y ningún cazador me tome en consideración? Pero, oigo pasos. Sin duda, es un cazador. Voy a correr para que dispare sobre mí.

Aparece detrás de un árbol el Cazador bondadoso y apunta con su escopeta. El Ciervo pasa corriendo varias veces por delante de él, y luego empieza a hacer tonterías a boca de jarro. Mientras tanto, el cazador bondadoso habla así:

EL CAZADOR BONDADOSO.— Hombre, un ciervo! Pues nada, lo voy a cazar. Lo apuntaré bien con mi escopeta de dos cañones. A la una, a las dos... Pero, ahora que caigo... ¿Qué tiene este animal que no puedo disparar sobre él? ¿Es la dulzura de su mirada? ¿Es su gracioso trote? ¿Son sus patitas frágiles? Tiene un *no sé qué* de inofensivo, de bueno, que me impide hacerle el menor daño. ¡Cómo caracolea! ¡Da gozo verle! Le perdono la vida... Adiós, Ciervito guapo. Adiós, adiós. *Se registra los bolsillos.* Le voy a echar un terrón de azúcar. *Le echa el terrón, y se marcha, mirando al Ciervo con ternura paternal.*

EL CIERVO INOFENSIVO.—¡Ha de Dios! ¡Otro que se va sin hacerme nada! ¡Esto no puede tolerarse! ¡Todos me desprecian como si yo no fuese una fiera! ¡Porque yo soy una fiera, sí señor! ¡Una fiera! ¡Para que lo sepan!

El Ciervo, desesoerado, corre en busca de los cazadores. Todos se compadecen de él y no le hacen nada.

EL CIERVO INOFENSIVO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Conque ninguno me hace caso? ¡Me vengaré de todos!

Vase corriendo con aire siniestro.

SEGUNDO ACTO

Es el sitio donde los cazadores van a comer. Pronto será mediodía y los cazadores llegarán en busca de sus cestas. Aparece el Ciervo inofensivo, pero rencoroso, que lleva un cartel, que luego veremos lo que dice.

EL CIERVO INOFENSIVO, PERO RENCOROSO.—¡Ah, malditos cazadores! ¡Pronto estaré vengado! Ya oigo vuestros pasos. Me pondré aquí, muy quieto, y asomaré la cabeza por detrás de

este árbol con el cartel puesto. *Lo hace como dice. En el cartel hay escritas estas palabras:*

SOY UNA PERCHA

Llegan los cazadores.

LOS CAZADORES.—Es la hora de comer. ¡Cómo calienta el sol! Nos sentaremos aquí. Preparad las cestas. *En esto se fijan en el Ciervo y leen su cartel.* ¡Hombre, una percha! ¡Qué original! Colguemos en ella nuestros sombreros de cazadores. *Lo hacen todos, y luego se ponen a comer.*

EL CIERVO INOFENSIVO, PERO RENCOROSO.—¡Ya empieza mi venganza!

Cuando los cazadores acaban de comer, se tumban a dormir la siesta. Entonces, el Ciervo se aleja sigilosamente con todos los sombreros colgados en sus cuernos.

EL CIERVO INOFENSIVO, PERO RENCOROSO.—¡Mi venganza se cumple! Me llevo sus sombreros. Cuando los busquen no los encontrarán, y como hace tanto sol, tomarán una insolación y morirán de ella. ¡Que se fastidien y aprendan a tratar a las fieras como lo que son y no como perritos falderos!

TERCER ACTO

Otro aspecto del coto. El Ciervo camina con sus sombreros. Se ha nublado el sol.

EL CIERVO INOFENSIVO, PERO RENCOROSO.—He aquí cómo mi venganza se ha estropeado. Se ha nublado el sol y hace viento. Ya no pueden coger una insolación. *Llora.* Y ahora, ¿qué hago yo con estos sombreros? Los venderé. *Pregona:* ¿Quién quiere sombreros, quién? ¡A real la pieza! *Como son tan baratos, acuden muchos animales.*

CORO DE ANIMALES.—¡Yo quiero uno! ¡Uno para mí!

EL CIERVO INOFENSIVO, PERO RENCOROSO.—En un momento los he vendido todos. Para vender no hay como dar las cosas baratas. Y el caso es que, con tanto parroquiano, no me he quedado ningún sombrero para mí. Otra vez será. Lo que más siento es que los cazadores no hayan sufrido las consecuencias de mi estratagema. La tarde se ha puesto tormentosa, el aire es frío, el sol se ha ocultado. Nadie puede pescar insolaciones con este tiempo.

Se oyen desde lejos los estornudos de los cazadores.

LOS ESTORNUDOS DE LOS CAZADORES.—¡Achiss! ¡Achiss! ¡Achiss!

EL CIERVO INOFENSIVO, PERO RENCOROSO Y AL FIN TRIUNFANTE.—¡Victoria! Como no tienen sombrero y se ha puesto tan mala tarde, todos los cazadores se han constipado. ¡Ya estoy vengado!

TELÓN

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



EL BARÓN DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

EL CASTILLO DE TONKY

Buscando nuevo campo para nuevas hazañas, fuimos a la China mi amada esposa y yo. No bien hubimos llegado, nos enteramos de que el Gobierno estaba preocupadísimo, porque Sang Chu, el famoso bandolero chino, y su banda, se habían hecho fuertes en el antiguo castillo de Tonky, y no había medio de desalojarlos de él.

Numerosos regimientos de todas las armas habían fracasado en sus tentativas de asalto.

La gran brigada, en la que se tenía tantas esperanzas, ya que estaba mandada por veinticinco mil generales, aunque sólo hubiese en ella dos soldados, tampoco había tenido éxito en su ataque.

Después de enviar varios avisos a los bandidos, conminándolos a rendirse, seguidos de rotundas negativas, había sido dada la orden de ataque a toda la brigada. Los veinticinco mil generales seguían la operación con los gemelos de campaña, desde lo alto de una loma.

La ola de ataque, formada por los dos soldados, había partido hacia el castillo y había llegado hasta las puertas.

Pero no habían podido entrar. Habían regresado diciendo que habían encontrado cerradas las puertas y que, sin duda, debían estar estropeados los timbres, pues, a pesar de haber llamado repetidas veces, no habían abierto.

Como les repitiesen la orden de ataque, los dos soldados habían vuelto a llegar al castillo, y como tampoco les abriesen, se habían puesto a resolver palabras cruzadas, sentados al pie de los muros.

El alto mando estaba verdaderamente disgustadísimo.

—¿Qué hacemos?

—se repetían a todas horas—. Ya que nuestra infantería no se atreve, quizás pintando el castillo de alfalfa llegase a él la caballería.

—¿Y la marina? —dijo alguien.

—Es verdad; podríamos construir un gran canal del mar al castillo y que viniese a bombardear la escuadra.

La idea pareció excelente; pero por mucho que buscaron obreros para construir el canal, sólo hallaron generales.

Entonces fué cuando me avisaron a mí.

—Usted, barón, que tiene más ideas, salve esta situación —me dijo el Gobierno.

Y para decidirme le regalaron un velo a Adelaida.

Acepté el encargo por fastidiar a Sang Chu y por agradecer lo del velo; así es que partí al día siguiente, de operaciones.

Lo primero que hice fué inspeccionar el castillo por todas partes, por fuera y por dentro, y hube

de reconocer que por la fuerza era inexpugnable.

—Veamos si se me ocurre algo —dije—. Y entonces el Gobierno me dió carta blanca para que ordenase a voluntad. El método fué sencillo.

—A ver; este castillo queda declarado monumento nacional —decidí; y así se lo comunicamos a la banda de Sang Chu.

—¡Arreal; pues sí que nos han fastidiado —dijeron los bandidos.

Y en efecto, al día siguiente aparecía allí un general con una gorra galoneada: era el guía que yo nombraba para el monumento.

Después de eso, hice propaganda del castillo por Inglaterra y por Norteamérica, y el resultado no se hizo esperar. Comenzaron a llegar trenes de turistas ingleses y yanquis.

Todos visitaban el castillo de cabo a rabo, acompa-

ñados por el guía, que les animaba a que les hiciesen muchas preguntas a los de la banda. Estos, que habían aceptado, sin valor para protestar, el nombramiento de monumento nacional, transigieron al principio con los turistas; pero poco a poco se fueron hartando de tener que estar todo el día respondiendo a una infinidad de preguntas en inglés.

—Pues nos han fastidiado declarando esto monumento nacional; no nos deja un minuto de descanso esta gente tan curiosa —decían los bandidos.

Un día se presentó una vieja inglesa, con muchos libretos debajo del brazo.

Era Adelaida disfrazada. Reunió a toda la banda en la sala mayor del castillo y allí les rogó que se sentasen.

Cuando así lo hicie-

ron, Adelaida se dirigió a ellos con el más puro acento yanqui y les dijo:

—Estoy segura de que, a pesar de vivir aquí hace tiempo, no conocen ustedes la historia de este castillo, y a eso he venido.

Y sin dejarles tiempo para reponerse, les empezó a colocar la historia del castillo desde los tiempos más remotos. Los bandidos bostezaban y se dormían; el aburrimiento se iba apoderando paulatinamente de todos, y mi esposa seguía en el uso de la palabra y, señalando unos libros muy gruesos, decía que era lo que le faltaba por leer.

Los bandidos, poco a poco, iban huyendo de la sala, y después salían del castillo y desaparecían a todo correr.

Hubo un momento en que no quedaron más que dos, y eso porque estaban dormidos.

Entonces entré yo al frente de la brigada y nos hicimos dueños del castillo de Tonky.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



PROGRAMA
PARA HOY

El tesoro
del
Salvaavidas
¡sensacional!

GRAN CINE



EL TESORO DEL SALVAVIDAS

No eran aún las once de una noche obscurísima, y el detective Sr. Chipato, con su ayudante Dirreal, prolongaba la velada en el salón de fumar. Chipato leía un libro de Mecánica, donde estudiaba nuevos procedimientos para su noble profesión. Su jovial ayudante resolvía los problemas de palabras cruzadas que traían los periódicos de la noche. Una fuerte llamada hizo que las dos cabezas se levantaran extrañadas, y que «Koko», el ágil perro policía, lanzara un apagado ladrido de extrañeza. Chipato dijo:

—Con extrañarnos nada hacemos. Vé tú a ver quién llama.

Un hombre joven, vestido de marinero y chorreando agua, preguntó desazonado por el gran detective. Como el caso parecía serio, Dirreal le hizo pasar a la presencia del señor. Después de los saludos, contó su caso así el recién llegado:

—Yo conocí en Totohilo a un hombre, honrado luchador de la vida, que simpatizó hondamente conmigo. Un día le agarró el zarpazo de un león en una cacería, y aquel amigo se sintió morir. Entonces me llamó y me dijo de esta forma: «Mi buen amigo Mel: Toma esta bolsa de perlas, cogidas por mi mismo en el fondo del mar. Llévaselas a mi mujer y a mis hijos, que sólo con esto tendrán para vivir.» Aquel hombre murió, y yo me encaminé hacia aquí, porque es aquí donde vive su viuda.

—¿Cómo ha venido usted?

—Prestando mis servicios en un barco mercante llamado «Veloz», donde muy pronto advertí que me registraban el equipaje como si supieran la existencia del tesoro.

—¿Quién venía con usted?

—El capitán, hombre de barbas negras, mal encarado, y dos marineros negros de dientes muy blancos, que parecían amenazar con la mirada. Yo, al averiguar que sabían lo que guardaba, lo escondí en un salvaavidas aprovechando una noche en que me tocó de guardia.

—¿Dormían todos? —preguntó Chipato.

—Estoy seguro, porque algunas veces he visto después el tesoro, y porque ellos llegaron a atarme para que les dijera el sitio donde lo guardaba. Atado he venido hasta el puerto de esta ciudad. Aquí he podido desatarme y tirarme al mar. Ahora vengo en busca de usted, para que me ayude a llevar a esa pobre viuda lo que es suyo.

El detective se levantó de su silla, y al ir a cerrar con toda precaución la ventana, vio que un hombre de rostro negro huía por el jardín.

—¡Ese es uno! ¡Ese es Bolito! ¡Ese es el que se ha tirado del barco al verme huir!... —dijo Mel, el marino mojado.

Entonces el detective llamó a su perro, y «Koko» salió corriendo, atrapando en seguida al Bolito, de cuya chaqueta arrancó un trozo que trajo a Chipato.

—Bien, bien —dijo éste—, con ello podemos seguir la ruta de ese perverso, que ha oído el sitio donde usted escondió las perlas.

—¡Vamos inmediatamente! Aún tenemos tiempo —exclamó Mel—, porque aunque ha oído que el tesoro se esconde en un salvaavidas, Bolito no sabe en cuál. Lo malo es que yo no he podido darme cuenta de dónde ha quedado anclado el «Veloz», porque cuando yo me arrojé, aún no estaba fija la embarcación.

—El perro nos dirá cuanto pueda —exclamó el detective; y dándole a oler a «Koko» el pedazo de tela que el mismo había arrancado, salieron todos siguiendo al can, que iba olfateando por el suelo las pisadas del negro.

Por fin llegaron al muelle, y el perro no supo seguir. En el agua no era fácil seguir una ruta. Pero allí mismo había un hombre y le dijeron:

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí?

—Sí, señor; cuarenta años. Soy el sereno de esta parte del puerto.

—¿Ha visto usted un marinero negro? —le dijo Mel.

—Sí, señor. Aquí ha tomado un bote y ha dicho: «Al «Veloz», que está en el sur del muelle».

—Pues vamos nosotros al sur en este otro bote que hay parado, y que no sabemos de quién es —dijo el detective—. Si aparece el dueño, haga el favor de decirle, señor sereno, que vamos en busca

de un ladrón. Tenga estas dos monedas de oro: una para el amo y otra para usted.

Chipato, Dirreal, Mel y «Koko» montaron en el bote, y navegaron con toda fuerza hacia el sur del muelle, alternando los tres hombres en el manejo de los remos para avanzar sin cansancio.

La noche era exageradamente oscura. Las estrellas brillaban en el mar, sin embargo.

Cuando llevaban media hora de marcha, el Sr. Chipato, que dirigía a todos los barcos grandes su linternilla eléctrica, para ver si en alguno veía las letras del «Veloz», las encontró al fin.

Mel, gran marino, trepó por un cable silenciosamente, y desde cubierta arrojó una escala de cuerda, por la que subieron con todo sigilo Chipato y Dirreal. Sólo «Koko» se quedó en el bote, de centinela. Por el agujero redondo que era la ventana del capitán, vieron al grupo de éste y sus negros, que despedazaban con desesperación los salvaavidas, buscando la bolsa de las perlas. Cuando habían deshecho el último, el capitán, lleno de ira, exclamó:

—¡Ahora recuerdo! Cuando tú, fiel Bolito, fuiste en busca de Mel, y aún no sabíamos lo del salvaavidas, he arrojado uno a un pobre joven que cayó de su bote. Vamos corriendo a la conserjería del puerto, que allí lo habrán dejado. El detective dijo a sus dos acompañantes:

—¡A ellos antes de que puedan salir de ahí!

—Matémosles —dijo Mel, inquieto y nervioso.

—¡No! —respondió Chipato—. Defendiendo nuestra vida, podemos matarles. Defendiendo unas perlas, no debemos hacerlo jamás.

Entraron en el camarote del capitán y pudieron atar a éste y a uno de los negros. Pero Bolito brincó por la ventana y se arrojó al mar.

Mientras Mel y Dirreal ataban firme a los cazados, el detective se asomó a la cubierta, y vio al fugitivo montando en el bote que ellos habían traído y disponiéndose a buscar las perlas.

«Koko» nadaba, y en la noche se oía el capoteo sereno de sus patas.

Chipato descolgó un bote del «Veloz» y él solo se montó en él. Un silbido le bastó para que el fiel can acudiera. Y ya los dos en marcha, navegaron hacia la conserjería. Pronto arribaron a ella, y preguntó el señor por el salvaavidas que habría dejado un naufrago.

—¡Oh, buen caballero! —respondió el conserje—. No se preocupe por el salvaavidas, porque ya se lo ha llevado a su barco un marinero negro.

El gran detective no pudo contener un gesto de contrariedad. ¿Cómo dar con el ladrón, que se habría perdido por las mil calles de la gran ciudad? El pedazo de tela que el perro le había arrancado se había caído al mar. ¿Cómo, entonces, encontrar a Bolito?...

El detective tuvo una gran idea; seguramente su bote, que era el que el negro había aprovechado, estaría pegado al muelle, cerca de la conserjería. Lo buscó, y, en efecto, dió con él.

Cogió un remo, y el trozo que la mano del ladrón había cogido fué restregado suavemente por el agudo hocico de «Koko».

Y «Koko», olfateando otra vez las pisadas de Bolito, empezó a caminar delante del Sr. Chipato por callejas miserables, hasta dar con una casa de bebidas, de aspecto miserable, en cuya puerta ladró el can. El detective cargó bien la pistola, la empuñó y abrió la puerta con el perro cogido del collar. Se dirigió a un negro que estaba arrinconado, acariciando una bolsa, y arrancándosela de las manos se la dió a «Koko», que la atrapó con su boca cuidadosamente.

Entre tanto, el Sr. Chipato, ante la expectación de aquella gente maleante, puso las esposas en los dedos del negro, y en medio de un gran silencio le sacó a la calle y le llevó a la Comisaría, donde ya estaban el capitán y el otro negro, conducidos por Dirreal y Mel.

Los ladrones fueron encerrados, y «Koko» soltó el tesoro, que Mel se encargó de llevar a la viuda de aquel amigo que murió en Totohilo.

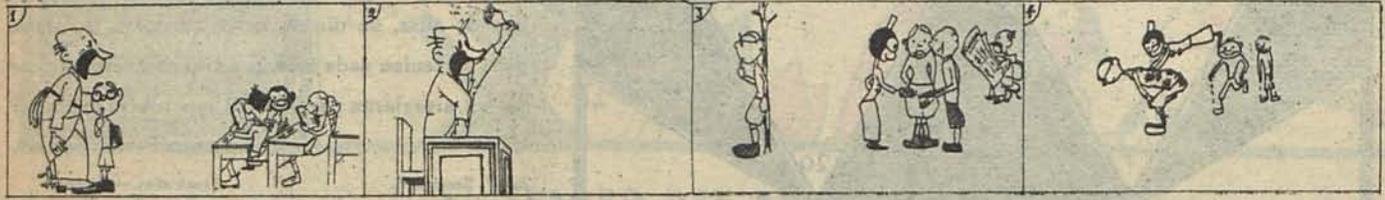
Si aquella noche tardó un poco en dormir el formidable detective, fué por motivo del cansancio... y de la satisfacción rebosante.

¡HA TERMINADO!

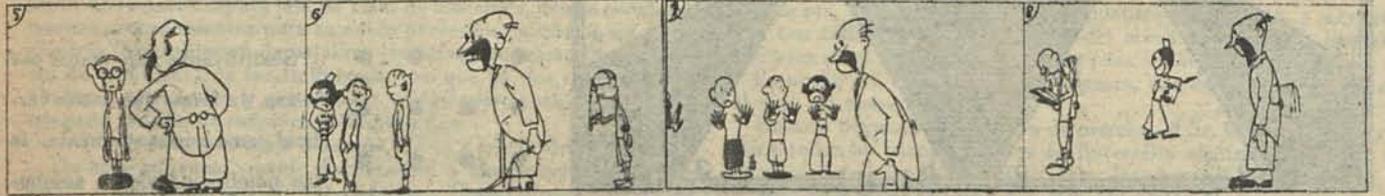
CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :- HISTORIETAS :- CHISTES ILUSTRADOS :- CHISTES SIN ILUSTRAR :- CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

HISTORIETAS

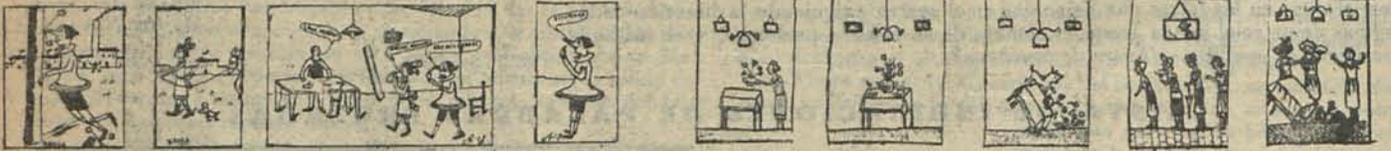


Don Turulato.—Aquí tenéis un nuevo discípulo. Currinche.—Parece tonto. Don Turulato.—La hora del recreo. Currinche.—Vamos a darle una broma. Los chicos, mientras saltan le dejan las marcas de sus manos.



El alumno va a protestar. —¿Quién es el causante? Todos tienen las manos manchadas. Y todos son castigados, menos Currinche. José Luis Ferrer.

33. H. Sección B.



De un tropiezo, Pinocho, | ha quedado como un ocho. Y lo socorre Pirula | montándole en una mula. Lo lleva a un carpintero, que lo arregla por dinero. Y le empalma la nariz, | siendo después muy feliz. Prepara doña Pepita | una mesa muy bonita. Ya está todo preparado; | sólo faltan convidados. Mas la perrita, brincando, | vuelca mesa, flores y jarras. Doña Pepita, sin saber nada, | dice: «Pasen a la sala». Y fué sorpresa imprevista | ver volcada la mesita. María del Carmen López.—Doce años. Madrid.

34. H. Sección B.

Nicolás San Feliciano.—Doce años.

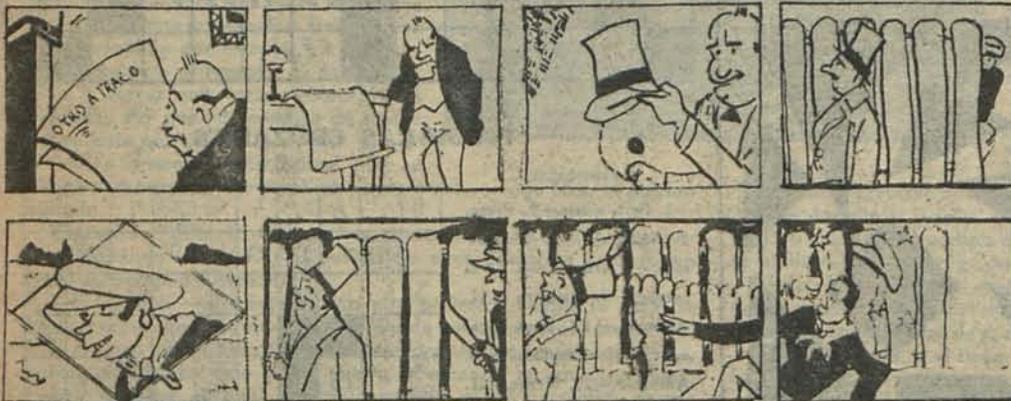
35. H. Sección B.

37. H. Sección B.



—Soy corto de vista. ¿Ves aquel pájaro que hay allí? —Sí. —Pues yo no lo veo. Luis Sáenz. Trece años. León. 112. CH. I. Sn. B. —¿En qué se parece La Bejuarona a un tenacuario? —En que termina en rana. L. S. Trece años. 113. CH. I. Sn. B. —Mamá, mira Aladino. Lo conozco por la lámpara maravillosa que lleva en la espalda. L. S. Trece años. 114. CH. I. Sección B. —Si, hombre; aquel joven alto. —No caigo. —Rubio. —Nada; no caigo. María Nieto. Doce años. 36. H. Sección B. Un reloj, sin importancia, | tiene, a veces, mucha gracia. Pues se convierte, al momento, | en un hombre muy derecho. Ángel Giménez. Diez años Córdoba. 37. H. Sección B.

LA ASTUCIA DE DON RAMÓN



38. H. Sección B.

Las inútiles astucias de Don Ramón para evitar el atraco. Miguel Cañas.—Catorce años. Córdoba. 39. H. Sección B.



—Mira; vamos a colgarlo por llo- rón. —Ahora que pa- telec.

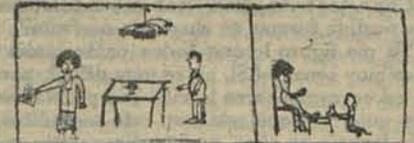


—Pongámoale el gabán y la chis- tersa. —[Vaya una sor- presa!

Consuelo Alonso. Doce años. Madrid.



Don Patoso se enamora de esta dama. La dama le rechaza, pues tiene su novio. Don Patoso pasa un mal rato; pero se vengará. Consuelo Alonso.—Doce años. Madrid.



—Antonio, ¿qué quiere decir equitativo? —Justo, Periquita. Periquita (en la zapatería). —Deme unos zapatos menos equitativos. Rafael López. Ocho años. Pontevedra. 41. H. Sección A.

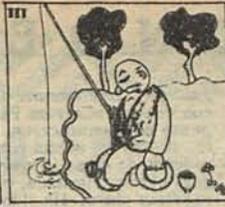


Va muy temprano Lucas a pescar truchas.

42. H. Sección B.

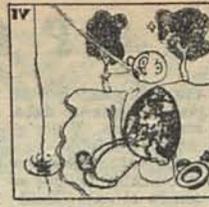


Y cuando empieza a pescar un sueño le viene a entrar.



Y para seguir con caña pescando, busca una maña.

DIONISIO GARCÍA MARQUÉS.—Diez años.

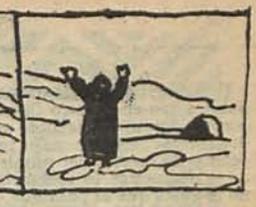


Y cuando pica algún lo despierta como véis.



El bonete del cura va por el río.

43. H. Sección A.



Y el cura va gritando bonete mío.

IGNACIO VIVANCO. Ocho años.

Jorge, el valiente.

En el pueblo de Cascabel había unos ladrones, que con sus crímenes tenían aterrado a todo el pueblo.

El alcalde mandó publicar que el que se atreviera a dar caza a los ladrones le daría de premio una bolsa de oro. Todos los que intentaban ir a la cueva de los ladrones nadie salía con vida. Todo esto llegó a oídos de Jorge, un muchacho huérfano; se decidió ir a casa del alcalde y le dijo: Yo me comprometo a dar caza a esos ladrones; se despidió del alcalde y se fué; no sabiendo qué hacer, se sentó a la orilla de un riachuelo. Estando meditando el modo de llevar a cabo su empresa, vió que el peñasco donde estaba él sentado se movía. Lo descorrió, no sin grandes esfuerzos, y vió con sorpresa que salía un enano, y le dijo: Muchas gracias te doy por haberme libertado de esta prisión, y como agradecimiento toma esta varita, todas las puertas misteriosas se abren con ella. Toma esta planta, cuando te veas en algún peligro, nada más que tienes que tocar. Y, por último, toma esta cuerda, que para algo te servirá.

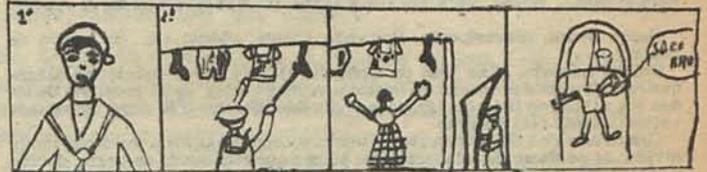
Con estas tres cosas se encaminó hacia el bosque, y oyendo rumores se subió a un árbol y vió que salían los ladrones. Cuando se alejaron, se fué hacia la cueva; al poco momento llegaron los ladrones, y al verle le dijeron: ¿Qué haces aquí? Y él dijo que le había sorprendido la noche; ellos le dijeron que si quería quedarse con ellos. ¿Con mucho gusto?, repuso el muchacho.

Una noche en que todos estaban durmiendo se fué al cuarto del capitán y le quitó las llaves; cuando se disponía a abrir el armario vió con sorpresa que le amenazaban cuatro de ellos, y le dijeron: ¡Miserable!, todavía te atreves hacernos traición; mañana mismo te mataremos, y lo condujeron a un calabozo; ya rendido de fatiga se quedó dormido, y vió en sueños al enano que le decía: ¿No te acuerdas de las tres cosas que te di?; te pueden ser muy útiles en este peligro. Despertó a media noche; todos estaban dormidos, hasta los centinelas; se acordó del sueño, y tocando la puerta con la varita se abrió; ya fuera, se puso a tocar la flauta; los ladrones, atraídos por las dulces notas de la flauta, se fueron dejando atar uno por uno. Al poco tiempo eran presentados al alcalde.

Mientras que en casa del alcalde se celebraba la boda de Jorge y la hija, los ladrones eran condenados a muerte.

SARA ESPOLITA. Doce años. Avilés.

44. C. Sección B.



El gran Periquito, manchaba la ropa con un palito. Y siempre se escondía en el poro y se ahogó.

44. H. Sección B.

MADELAENA S. CANTILLO.—Diez años. Sevilla.

El perro salvador.

En un pueblo del Norte de España, de cuyo nombre no recuerdo, vivía un señor poseedor de una gran finca, y para guardarla tenía un perro llamado «Tafer».

Este señor era casado y tenía dos hijos, un varón y una hembra. Un día acertó a pasar por allí un vendedor de cántaros y vasijas de barro. La señora, que era muy aficionada a éstos, llamóle para comprarle alguno, y tanto le gustaron, que los compró todos.

(¡Ah!, se me olvidaba deciros que el niño se llamaba Juan y la niña Carmen.)

Volvemos a lo anterior. Cuando llevaba andados unos doscientos metros el hombre de los cántaros, le salió al encuentro un individuo que le preguntó si aquella era gente de mucho dinero, a lo que respondió que debían serlo, pues le habían comprado todo lo que llevaba.

Por la noche, cuando todos dormían, penetraron en la casa dos hombres, los cuales pretendieron abrir el armario del dinero. Mas no les salió bien la cuenta, pues la cerradura era de nuevo sistema, por lo cual no pudieron abrirla.

Entonces pensaron secuestrar a Carmen; mas cuando iban a entrar en el cuarto de la niña vieron al «Tafer» sentado al lado de la cama.

Entonces el perro se abalanzó sobre ellos, y a los gritos de los ladrones y ladridos del «Tafer», se levantó el padre de la niña, el cual avisó a las autoridades, que se llevaron a los ladrones presos.

JUAN MANUEL FANJUL. (Madrid.)

45. C. Sección B.

El castillo encantado.

Había en un pueblo en la comarca del Pino Verde un palacio encantado, el cual hacía cinco años que padecía entre un enorme matorral.

En esta época pasaba por aquel pueblo un gallardo joven, que por sus atavíos debía ser uno de esos príncipes aventureros. En un portal de una casa vecina, una viejecita, sentada en un corcomido banco de madera, le contemplaba; el desconocido la preguntó:

—¿Señora, no conoce en esta comarca el palacio de las Siete Hermanas Encantadas?

—Sí, por cierto que le conozco, pues hace cinco años que está encantado, y han venido príncipes, trataron de entrar; ninguno lo ha conseguido; sólo un joven príncipe lo consiguió, y todavía es el día que no salió, pues él amaba a la mayor de las tres hermanas, que se llamaba Lardi.

—Pues señora—dijo el príncipe—, yo vengo con el propósito de desencantar el palacio.

—¡Oh por Dios! no lo intente por que no lo conseguirá.

Y el joven, armado con su espada y cuchillo, se puso a penetrar resueltamente en el matorral; pero cuando iba hacia la mitad una enorme serpiente le salió al encuentro, y al ver al joven se enroscó a un árbol, con propósito de cuando pasase el joven clavarle su afilado agijón; pero el joven que iba prevenido de una terrible estocada la partió el cuello, y nuestro héroe después de haber ganado el peligroso combate siguió adelante. Cuando se proponía a entrar en el castillo un espantoso elefante se le atravesó en el camino, y el joven, sin dar tiempo a que la fiera se lanzase sobre él, sacó su espada y se la clavó; un grito salvaje se oyó, y el elefante cayó muerto. Entonces el joven entró en palacio, donde encontró a todos los criados durmiendo y a las siete princesas en sus dormitorios; entró en un salón espacioso donde encontró un enorme perro.

De una formidable patada que le dió al encanto terminó.

Y en aquel momento un ruido formidable retumbó por todo el palacio y las siete hermanas quedaron desencantadas. El joven se dirigió al dormitorio de las siete princesas, y cuál no sería su sorpresa al ver al príncipe de las coronas de oro, y le dieron las gracias y le felicitaron por su valor inimitable, el cual al poco tiempo fué el eco de todo el pueblo, y su valor fué reconocido por todo el mundo.

VICTORIANO FERNÁNDEZ. Quince años. Coravia. (Asturias.)

46. C. Sección B.



Reclutado por España, Pinocho está en la campaña.

45. H. Sección A.



Pinocho duerme la siesta y entonces matarlo intentan.



Pero Pinocho despierta, de los tres da buena cuenta.

ALFONSO YUSTE.—Ocho años. Melilla.



Don Abundio, hombre metódico, va leyendo su periódico.

46. H. Sección B.

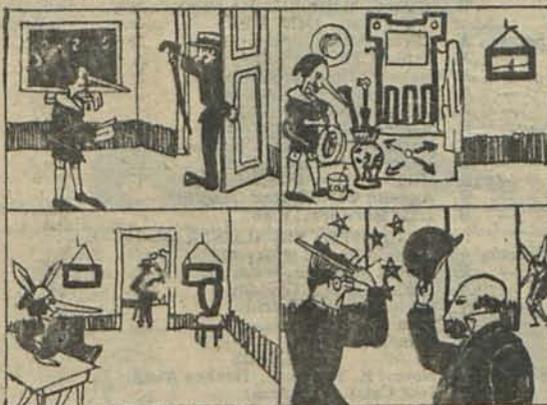


Alguien pasa por su lado y le deja un peso extraño.

PEDRO RUIZ.—Trece años. Cabeza del Buey.



Al verlo se encoleta, pues llevaba longaniza.



Una venganza de Pinocho.

47. H. Sección B.

MANUEL CLEMENTE.—Trece años. Madrid.

CORRESPONDENCIA

Uno de los más consecuentes Pinochistas nos escribe muy indignado por la publicación en nuestro *Concurso de problemas* de uno que su remitente daba como original, habiéndolo copiado cuidadosamente de otra revista. Y por si dudásemos de su honrada palabra — nada más lejos de nuestro ánimo! — nos remite un recorte del problema original, del verdadero original..., mientras no se demuestre lo contrario. Nuestro amigo, cuyo nombre llamamos por si no le gusta que se publique, reclama graves sanciones contra el caso. Realmente, no le falta razón; eso está muy feo, ¿verdad, Pinochistas queridísimos? No está bien que vosotros estéis aguzando el ingenio para inventar problemas originales y que un colega, algo *frescales*, os haga competencia desleal, mediante un *fusilamiento* indecoroso. Por ser el primer caso, no queremos darle más importancia que la de una travesura sin mala intención. Pero nos ponemos todo lo serios que nos es posible, para anunciar que si se repitiera el caso... Bueno, nada, porque ya sabemos que nunca se ha de repetir.

Oscar Betau. (Barcelona).—Por cada cuento, chiste, etc., un cupón de concursos.

Gilbert Laporte. (San José de Costa-Rica).—No sabes cuánto me alegra que contribuyas a propagar mi nombre. Aunque estoy en la memoria de todos los niños, no deja de agradarme una fidelidad como la tuya, tanto más valiosa cuanto más distante.

Con tu carta no llegaron trabajos tuyos, y como en aquella me dices «no te olvides de publicar mi colaboración», pienso que ésta quedó en tierra, debido a un olvido, por lo que vengo a rogarte me remitas lo que quieras —cuento, dibujo, etc., etc.— en la seguridad de que saldrá en PINOCHO.

Da mis más afectuosos recuerdos a todos los Pinochistas de esas tierras.

Buby y Cucha Rey. (Biarritz).—Por las cartas de Merceditas adivino vuestro enojo, y como no quiero que supongáis en mí preferencias injustas, os escribo estas líneas para notificaros que vuestros trabajos, así como vuestros recuerdos, fueron recibidos por Pirula y por mí, con el más vivo contento. Si he contestado a Merceditas, y no a vosotros, se debe a que aquella me ha escrito, en el escaso tiempo de un mes, 12.845 cartas. Ello era de agradecer y merecía, además, por mi parte, contestaciones, respuestas largas, noticiarias y explicativas.

Un abrazo para los tres.

Marujita Bello y Montero de Espinosa. (Barcelona).—Me pides mi fotografía. ¡Ahí es nada! Mi retrato. ¿No te bastan, mi querida Marujita, tantos retratos estupendos, a lápiz, como me han hecho? En este caso, amiga mía, no puedo servirte; y no puedo servirte porque nunca, ni por casualidad, me he puesto delante de una máquina fotográfica. Ello se debe a que no estimo en mucho aquellos aparatos. Tengo la seguridad de que el pincel y el lápiz alcanzan, en su terreno, mejores obras que las que proporciona una máquina, por buena y perfecta que sea ésta. Lo que han hecho de mí pintores y dibujantes, le hubiera sido imposible hacerlo, pero de todo punto, al fotógrafo más experto. Por eso no entré nunca en una fotografía, aun habiéndolas en Madrid excelentísimas. Y lo mismo podría decirte Pirula. A veces, cuando hemos paseado por aquí, por la Castellana, por el Retiro, etc., etc., algunos transeúntes han querido sorprendernos con una máquina. ¡Imposible! Al punto nos hemos hecho invisibles, burlando las intenciones de los fotógrafos callejeros. Y no es una manía, Marujita, no es una manía: es que Pirula y yo nos encontramos tan perfectamente en los dibujos, que no queremos otro procedimiento para reproducir nuestras simpáticas figuras.

Antonio García Pedrosa. (Barcelona).—Muy bien tu «propaganda» entusiasta. Más que por los efectos, la estimo por la intención. Siempre me complacen estas manifestaciones de adhesión, que vienen a demostrarme, del modo más favorable, el cariño que me tienen todos los Pinochistas. Por lo que a mí hace, ya conocéis mi manera de responder a semejantes muestras de gratitud. Mis esfuerzos por hacer de PINOCHO, vuestra Revista, una Revista insuperable, se centuplican a la vista de vuestro afecto.

Teresín Carasa, Conchita, Lola y Mariuca Oria y Ana María Collantes. (Laredo).—Mis queridísimas ami-

guitas: Primeramente os felicito cordialísimamente por el premio obtenido con vuestra «Carroza Pinocho», en Laredo. Diversos «cables» venidos de este punto me comunicaron, mucho antes que vuestras cartas, el éxito de mi figura. ¡Cómo me sentía regocijado, satisfechísimo, al verme vestido de flores, rodeado de cinco Pirullas admirables! Y Pirula, la ejemplar Pirula, ¡cómo gozó al verse imitada, incluso en el color de sus mejillas, tan coloradito, por vosotras cinco! Ha sido un éxito. Pero este éxito, desde luego, os pertenece plenamente; se debe a vuestra laboriosidad. Habéis pasado días y días, con el más grande entusiasmo, haciendo flores, mientras yo no hacía otra cosa que impedir los planes del malvado Ghapete, quien buscaba el medio de frustrar vuestra fiesta ¡imposible! Triunfasteis en toda la línea, y en los anales de Laredo, quedará la «Carroza Pinocho» como algo ejemplar, simpático y extraordinario. Debido a nuestros trabajos, ni Pirula ni yo podemos asistir a esa «merendona» a que me invita Conchita. ¡Cuánto lo sentimos!

Recibid una docena de besos de Pirula, y de mi parte, abrazos, saludos y felicitaciones.

Gerardo López Manzanedo. (Madrid).—Muy bien tu dibujo, pero sin cupón...

Carlos Gambetta. (Lima, Perú).—Recibí tu amabilísima carta, y mucho me alegraría poder acceder a tu invitación. No la rechazo, sin embargo: la apazo únicamente. Lima, como todas las capitales de América, me interesa muchísimo. ¡Oh, cómo me gustaría atravesar los Andes! ¡Cómo me gustaría deslizarme por la nieve para caer en el Perú, ganar Lima y estrechar la mano de los buenos Pinochistas peruanos! Si alguna vez hago este viaje —que lo haré, no me cabe duda— efectuaré la travesía, no en un transatlántico, sino en un barquito velero. Llevaré en la bodega un cargamento considerable —libros de mis ejemplares *Aventuras*— e izaré en la proa de mi barco una bandera que ostente mi figura inconfundible. Si no me da la idea de atravesar la América, de Atlántico a Pacífico, a pie, y he de entrar con mi barco en este último Océano; ¡con qué alegría saludaré desde el mar, al llegar frente a Lima, la hermosa torre de Santo Domingo! No, no rechazo tu invitación. Conforme tenga cuatro días disponibles, me tiene ahí, amigo Carlos.

Adolfo López. (Madrid).—Mi querido amigo: No tengo que ponderar tu admirable dibujo o, mejor dicho, tu excelente historieta. Se publicará a su debido tiempo y obtendrá el éxito que merece.

Asunción A. (Larache).—Estoy encantado con tus trabajos; es de una perfección increíble, querida Asunción. No debes poner en duda, ni por un momento, que pueda dejar de publicarlo en mi Revista.

Lilian Alemán. (Mayagüez, P. R.).—Tu carta me ha proporcionado alegría, por una parte, y pena, por otra. Alegría, por recibir carta tuya, que siempre, como puedes comprender, es una satisfacción para mí. Y pena, porque en tu carta me incluyes tus «tres deseos», respuestas que corresponden a la segunda serie de concursos, ya muy lejana.

Espero que para otra ocasión estarás más al corriente de la fecha en que caducan los concursos y que, con el talento que tienes, podrás mandarme soluciones ingeniosísimas.

Elena de Oñate. (Sarriá).—Como fué tu deseo, te contesté particularmente, afirmandote que Pirula, después de leer tus líneas, quedó conforme en

confeccionar la más preciosa capa para tu perrita *Tica*. Te contesté, repito, particularmente, pero tu carta me fué devuelta. En el sobre no pude poner otra cosa que tu nombre, juntamente con el de tu barriada: Sarriá; y por lo que se ve, al cartero no le bastaron estas señas. También te indicaba en aquella carta, como luego vine a decirte en esta misma correspondencia, que me enviaras una buena prueba de la fotografía prometida.

Miguel Serrano Sánchez. (Pueblo N. del Terrible).—Efectivamente, obtuviste un accésit en el concurso a que aludes, y para remitirte el premio bastará que me mandes 50 céntimos en sello. Pero vuelvo a repetir en este caso lo que he dicho infinidad de veces en casos semejantes: El premio viene a ser un recuerdo, más bien una mención, y el valor efectivo del regalo queda por bajo de los 50 céntimos del franqueo. De todas formas, si tienes gusto en conservar ese recuerdo, no tienes más que notificármelo. Tú decidirás, querido Miguel.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 33

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha, (Si es suscriptor, poner el número

(1) Indicar el que sea de los nuevos. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

Resultado de las votaciones de los Pinochistas, correspondiente a los números 22 y 23 de nuestra 1.ª serie de concursos de colaboración infantil.

A su debido tiempo se constituyó el jurado, no para ver qué trabajos eran los mejores de los publicados, sino para averiguar cuáles de éstos fueron agraciados con la votación imparcial de los Pinochistas. ¡Simpatiquísima tarea! Por primera vez los premios han sido adjudicados espontáneamente por los mismos lectores de PINOCHO, y el héroe de los muñecos ha experimentado no poca complacencia al ver que en esta votación, como en todo lo que hacen sus amiguitos, ha presidido un espíritu de observación y justicia admirable. De las enormes listas, verdaderamente imponentes, de votaciones, hemos entresacado los nombres de los Pinochistas que han obtenido más votos dentro de cada concurso y sección. A estos Pinochistas corresponden los premios.

A continuación, y sólo como mención honorífica, damos los nombres de los demás concursantes que, por la perfección de sus trabajos, han obtenido votos para aquellos premios.

En esta ocasión, como en todas, Pinocho se regocija ante el éxito alcanzado por sus queridos Pinochistas y felicita a éstos efusivamente con admiración y cariño inmensos.

PROBLEMAS

- Sección A, núm. 11. Carlos Pérez Crespo. (Madrid).
— B, núm. 1. María Pilar Villán. (Valladolid).

CHISTES ILUSTRADOS

- Sección A, núm. 9. Manuel Nieto. (Madrid).
— B, núm. 2. Marilita Dagarzo. (Valencia).
— B, núm. 5. Rodrigo Campa. (Avilés).—Igual número de votos que el anterior.

HISTORIETAS

- Sección A, núm. 4. Luis García de Marco. (Madrid).
— B, núm. 5. Germán Lastra. (Lugo).

DIBUJOS

- Sección A, núm. 67. Carmen de Góngora. (Madrid).
— B, núm. 13. Eduardo Estirado. (Madrid).

CHISTES SIN ILUSTRAR

- Sección A, núm. 5. Sirio Estefanía Garralde. (Haro).
— B, núm. 3. Manuel Hernández. (Barcelona).

CUENTOS

- Sección A, núm. 16. Francisco Caballero Paredes. (Madrid).
— B, núm. 18. Amaliltina Llanos. (Oviedo).

MENCIONES HONORÍFICAS

PROBLEMAS

- Sección B. Tomás Gómez. (Talavera de la Reina).
— B. Alicia Reyes. (Barcelona).
— B. Alfredo Álvarez. (Barcelona).
— B. Joaquín Vera. (Elda).

CHISTES ILUSTRADOS

- Sección A. Eduardo Ródenas. (Madrid).
— B. Julio Fernández. (Madrid).
— B. José González. (Ceuta).
— B. Manolo Pérez. (Almería).
— B. Paco Casado. (Guadalajara).
— B. Sabino Sas. (Oviedo).

HISTORIETAS

- Sección B. Margarita Vallvé. (Madrid).
— B. Rosa C. Marín. (Puerto Rico).

DIBUJOS

- Sección A. Carlos Alberto. (Madrid).
— A. Pepín L. Ruiz. (Sevilla).
— A. Isabel Otilia. (Buenos Aires).
— A. Rafael Mateo Gil. (León).
— A. Lellina Menéndez. (Gijón).
— B. Mercedes Puerto. (Jerez).
— B. Enrique Lalallade. (San Sebastián).
— B. Mercedes I. Ruiz. (Sevilla).
— B. Hilario Bárcenas. (Asturias).
— B. Agustín Cases Pérez. (Madrid).
— B. Luis Martínez. (Vigo).

CHISTES SIN ILUSTRAR

- Sección A. Alfredo Pardo. (Huesca).
— A. Nieves Montoya. (Vitoria).
— A. Carlos Gómez. (Oviedo).
— A. Carlos Pérez. (Madrid).
— B. Juan M. Fanjul.
— B. Remedios Durán.

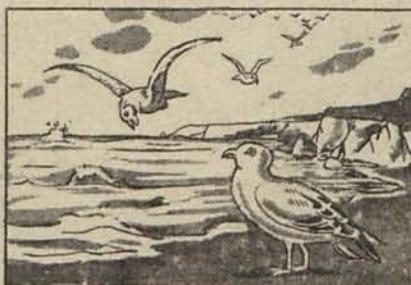
CUENTOS

- Sección A. Noemí E. Toulouse. (Buenos Aires).
— A. José Cajal. (Zaragoza).
— A. Mercedes Soler. (Barcelona).
— A. Marilita Rodríguez. (Madrid).
— B. Juan Serna. (Albacete).
— B. M.ª Luisa Reverte. (Madrid).
— B. Isabel Fernández. (Zaragoza).
— B. Carlos T. Navarro. (Guayaquil).
— B. Quique. (Madrid).

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ NO SE PIERDEN LAS AVES EN EL MAR?

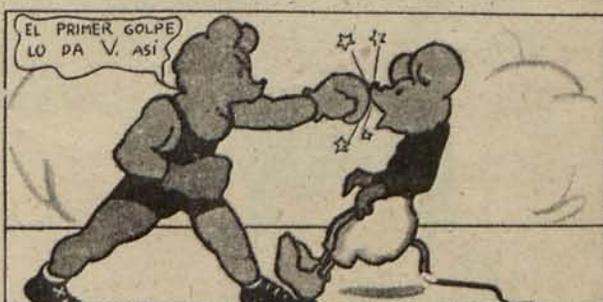
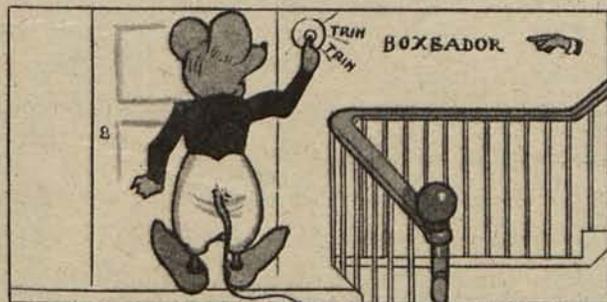
Sabemos cómo ciertas aves, en diferentes ocasiones, atraviesan el Océano para cambiar de sitio. Es una hermosa emigración. Van en bandadas, todas juntas, como apretadas unas con otras. Casi siempre esta emigración se verifica a final de verano: se alejan en busca de países más cálidos. ¿Cómo las aves, sin brújula, sin los elementos de orientación que nosotros poseemos, pueden orientarse en el mar, pueden volar sobre el Océano, sin equivocarse, hasta encontrar la tierra de destino? Ello es un misterio. Acaso las aves más viejas enseñen el camino a las novicias. ¿Pero hay caminos en el mar o, mejor dicho, en el aire, sobre el mar? Convengamos en que las aves tienen un instinto de orientación admirable. Son capaces de orientarse donde el hombre se perdería. He tenido ocasión de observar por mí mismo una paloma mensajera. La tenía Pinocho, en el palomar de su casa de campo, y a veces hacíamos con aquella paloma provechosos experimentos.



Un día la cogió Pirula, la encerró en una caja, tapando en ésta todo orificio por el cual pudiera ver el camino, y trajo de esta forma a Madrid la mensajera palomita. La soltamos, recuerdo, en los primeros campos que se extienden al final de las Ventas, y apenas se vió suelto el animal, voló sin titubeo, rectamente, hacia el pueblecito donde Pinocho tiene su casa. Fué, pues, una orientación instantánea. A las tres horas, según nos enteramos luego, la paloma había llegado al palomar.

Pues de la misma forma, a lo que parece, consiguen orientarse en el mar los pájaros de que hablamos. Es un instinto maravilloso, prodigioso, inconcebible. En estas emigraciones, desde luego, algunas aves, cansadas, caen al mar; otras, en la noche, chocan contra los faros de los puertos, para morir. Hay en estas emigraciones las pérdidas naturales en una travesía difícil, larga, penosísima.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUEJO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

Para vuestro hermanito.—Hoy, lectorcitas queridas, os voy a ser un poquito infiel. ¡Oh! Pero muy poquito, puesto que si no os dedico a vosotras mi sección, la dedico a lo que más queréis en el

mundo después de papá y mamá: a vuestro hermanito.

Este hermanito tan querido, me lo imagino como si lo estuviera viendo. Ahí va su semblanza: está muy crecido para su edad, y no hay quien no le atribuya un par de años más de los que tiene realmente.

Es bueno y cariñoso y adora en su hermana mayor; pero... tiene un geniecillo que..., vamos, no quiero sacarle faltas; pero es innegable que cuando se enfurruña se le pone un hociquito y tiene una manera de dar pataditas en el suelo y lanza cada mirada que..., que está como para comérselo.

¡Ah! Además, no es muy obediente, y se resiste a menudo a los imperiosos mandatos de su señora hermana.

En cuanto a goloso, hay que confesar que, comiendo bombones y vaciando platos de natillas, se queda solo.

Bueno; pero se le pueden perdonar estos defectillos en gracia a su extraordinario talento; eso sí, tiene cada golpe de ingenio como para mandarlo a la Revista *Mujer* y que se publique en la sección de «Los niños auténticos».

¿Está o no está parecido el retrato? No; si esta Pirula tiene algo de bruja, pero de brujita buena, ¿eh?

A este hermanito conviene tratarlo como lo que es: un verdadero *gentleman* diminuto, pero *gentleman*, sin



embargo. Y, por de pronto, le vamos a hacer un pijama idéntico de forma al de su papá.

Este pijama lo mismo da hacerlo en seda que en percal; es decir, lo mismo me da a mí y también puede que al hermanito; a papá y mamá puede que no les dé exactamente lo mismo.

Lo esencial es que sean bonitos de color los dibujos—listas, lunares o florecillas—, que lleve la tela sobre fondo blanco; las franjas que bordean las mangas, la americana y los pantalones, son del mismo color que los dibujos, así como lo son el cuello y los botones. Los pijamas se usan ahora mucho para dormir, en lugar de camisón; en este caso, conviene tener unos cuantos y que se puedan lavar con facilidad; y al aclararlos, debe tenerse buen cuidado de utilizar siempre el insustituible procedimiento del agua y sal. Nada más feo que las prendas con los colores «corridos»; tanto más feo, cuanto que casi siempre este percance es resultado del descuido o de la ignorancia.

El segundo modelo es el de una salida de baño, de tejido afelpado; práctica gracias a sus amplios bolsillos, y a la cual, la combinación de colores—la prenda es azul fuerte; las vistas, puños y vueltas de los bolsillos, en tejido listado amarillo y verde, y el cinturón es amarillo, de goma, imitando el ante—, dan una graciosa originalidad.

